

CRISTIANDAD



62 RAZON DE ESTE NUMERO

El día 20 del mes corriente celébrase el **Domingo Mundial de la Propagación de la Fe**. A esta Obra misional los Papas han dedicado especial atención. Benedicto XV y Pío XI escribieron sendas Encíclicas —«Maximum illud» y «Rerum ecclesiae» respectivamente— estableciendo las doctrinas generales y también las particulares a seguir por los encargados de las realizaciones misionales.

Tres son los modos de ayudar a las Misiones que señalan los Romanos Pontífices: la oración para la salvación de los infieles, el favorecimiento de las vocaciones misioneras, y finalmente las limosnas. «Por lo cual —añade Benedicto XV— queremos recomendar a la generosidad de los católicos, favorezcan preferentemente aquellas obras instituidas para ayudar a las Sagradas Misiones.»

CRISTIANDAD tiene la gran satisfacción de ver hoy honradas sus páginas con colaboración tan prestigiosa como es la del **Consejo Nacional de las Obras Misionales Pontificias**, a cuya disposición hemos puesto gustosamente el presente número, haciéndonos de este modo altavoz de la Obra Misional, con ocasión de aquella fecha.

El **Editorial** lleva por título: **Ortodoxia y libertad de opinión.**

Siguen a continuación los artículos:

Domingo Mundial de la Propagación de la Fe, por Angel Sagarminaga (págs. 358 y 359); **Reconstruir**, llamamiento de S. E. Mons. Celso Constantini (pág. 359); **Pío XI orientador de la tarea misional**, por Lamberto de Echeverría (págs. 360 y 361); **El futuro de las Misiones**, por Javier Echenique (págs. 361 a 363); **La Misionología, I**, por Manuel García (pág. 364); **El clero indígena en las Misiones**, por Cruz Omaecheverría (págs. 365 a 367); **La Universidad y las Misiones**, por J. O. (págs. 367 y 368); **En esta coyuntura efervescente**, por José Artero (página 369); **La «Pax Britannica»**, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 370 a 372); **Sugerencia**, por J. M.ª C. de Sobregrau y Egozcue (pág. 372).

Los dibujos que ilustran el presente número son originales de Ignacio M.ª Serra Goday.



"Misiones Dominicanas"

*Publicación bendecida
por SS. SS. Benedicto XV, Pío IX
y Pío XII*

Apartado 10

AVILA

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

SUSCRIPCION:

Anual 48'00 ptas.

Semestral . . 24'00 ..

Número ordinario: 2'50 ptas.

Ayudad a los niños austríacos

En la administración de esta Revista se ha recibido una carta haciendo resaltar la lamentable situación en que se encuentran los niños austríacos, víctimas inocentes de la guerra.

CRISTIANDAD, atenta siempre a los problemas universales, uno de cuyos aspectos es actualmente la ruina de tantas naciones, recoge esta súplica en favor de los niños de la católica Austria y solicita para ellos el auxilio que merecen.

Dice así la referida circular:

«La crisis alimenticia por que atraviesa este país es gravísima. Se carece de los principales alimentos, y aunque los aliados les prestan su ayuda, las dificultades imposibilitan acudir con urgencia y en la proporción que el caso requiere. Las noticias que nos llegan nos llenan de dolor. Muchísimos niños perecen de hambre o están mal alimentados, ofreciendo un espectáculo digno de mayor lástima.»

«Familias españolas: esperamos de vuestra generosidad una contribución a esta obra cristiana en favor de dichos niños.»

Dirigid vuestros donativos:

En BARCELONA: a las oficinas de la Asamblea Provincial de la Cruz Roja Española, Avenida Puerta del Angel, n.º 24.

En MADRID: Delegation de la Croix Rouge Internationale, Marqués de Riscal, n.º 8.
(Prendas de vestir, de preferencia al puerto de salida, Barcelona).

Ambos bajo el título: «PRO NIÑOS AUSTRIACOS» para el envío más rápido posible a la Cruz Roja austríaca.

CRISTIANDAD

NÚMERO 62 - AÑO III

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.ª, 1.º - Telef. 22446

BARCELONA

15 Octubre de 1946

Oruz, 1, 1.º - Teléfono 26675

MADRID

Ortodoxia y libertad de opinión

Quisiéramos llamar la atención—prescindiendo de otros aspectos del problema—sobre una confusión que está en la base de todo dogmatismo ilegítimo, y que consiste en tomar como dotadas de certeza científica, innegable, conclusiones que, no por acertadas, pierden su naturaleza de prudentiales y opinables.

¡Cuán difícil es, en la práctica, deslindar bien unas de otras! Así, ¡cuán pocos no concedemos a nuestras máximas personales valor universal de conclusión rigurosa e inapelable! ¡Cuán pocos no juzgamos, una vez u otra, como disparatado y absurdo el parecer que difiere del nuestro!

De esta confusión nace un tipo de apologética coactiva, constringente, que recorta indebidamente el campo de la libertad justa, de la libertad de los hijos de Dios, que está donde está el Espíritu de Dios. Es el ancho campo de las elecciones santas, de las vocaciones individuales, de las modalidades de método que la Iglesia no tan solo respeta, «cum magna reverencia», sino que manda a sus hijos respetar.

Mas, no distrae tampoco de este campo de lo apreciativo su atención, ni lo descuida su solicitud privando a los fieles de la asistencia de su luz superior, sino al contrario, interviene con orientaciones que se extienden, desde la manifestación de sus preferencias por el ejemplo de su propia conducta, hasta el consejo positivo o incluso el precepto si están en peligro bienes superiores; así, por ejemplo, la imposición del método escolástico en los seminarios, cuando el modernismo ha discutido su valer.

CRISTIANDAD ha procurado extremar su escrúpulo en esta materia, afirmando lo cierto como cierto, lo opinable como opinable, procurando beber en las corrientes más centrales del pensamiento católico, las más alejadas de marginalismos cobardes o imprudentes, pero respetando y apreciando posiciones distintas de la suya cuando se fundan en principios verdaderos y conducen a fines legítimos.

Quien tiene, como «curador espiritual» suyo, el cuidado, no tan solo de asegurar la «ortodoxia» de CRISTIANDAD, sino de que «nada de lo que en ella se publique desdiga en lo más mínimo del nombre que con orgullo—orgullo santo—ostenta en su portada», ya advertía que «por esto precisamente, porque se entrega sin recalcitraciones ni titubeos, sin tacañerías ni minimismos, al espíritu maternal de la Iglesia, CRISTIANDAD se gloria de vivir en la legítima y genuina libertad. Por esto siempre dejará a sus redactores y colaboradores la justa y honesta libertad de opinar, en todo aquello que la Verdad eterna deja a la discusión bien intencionada y caritativa de los humildes mortales». (1)

* * *

Una alusión, más concreta, al presente número. Con la cariñosa mediación del Doctor Jorge Canadell, Director Diocesano de las Obras Misionales Pontificias, el Consejo Nacional de Misiones ha aceptado tomar bajo su propia responsabilidad la preparación de un número entero de CRISTIANDAD, precisamente el que ahora aparece.

Ya en otras ocasiones CRISTIANDAD ha intentado algo parecido, y sus lectores recordarán con gusto, por ejemplo, el número dedicado al Beato Padre Claret con la colaboración afectuosísima de la Congregación por él fundada. Servir sucesivamente de tribuna a las distintas familias y agrupaciones que militan bajo los pendones de Cristo Rey para que cada una nos diera cuenta de los laureles por ella conquistados. ¡Qué honor y que satisfacción sería para CRISTIANDAD!

Nunca demostrará bastante su agradecimiento al Reverendísimo D. Angel Sagarni-naga—y en general al Consejo Nacional de Misiones que por nombramiento pontificio preside,— por su generosa colaboración. ¡Que el Señor bendiga su empresa, que ni CRISTIANDAD ni católico alguno puede dejar de considerar como propia, de extender en España el amor a las misiones!

(1) Cfr. Cristiandad, Año II, p. 193, (Núm. 27).



Domingo Mundial de la Propagación de la Fe

El Domingo Mundial de la Propagación de la Fe (DOMUND) es una organización, un cuerpo desarrollado y lleno de vitalidad. Su cabeza y su corazón están en la Santa Sede; las naciones diversas y todas las diócesis nos ofrecen, en sus respectivas Direcciones y Consejos, completados por la actividad eficazísima de las Ordenes religiosas los distintos centros nerviosos de este cuerpo: constitúyense sus miembros por todos los sectores, todas las organizaciones, todos los fieles de la Iglesia de Cristo.

El Cardenal Van Rossum, Prefecto que fué de la S. Congregación de Propaganda Fide, explicando, en nombre de la Santa Sede, la naturaleza de esta jornada misionera, escribía a todos los Obispos del mundo: "Nadie debe permanecer indiferente, antes por el contrario, todos deben ser operarios en la primera hora, seguros de que ningún trabajo será tan generosamente retribuido, como este..." "...porque de la más grande obra de fe y de civilización nadie debe permanecer ausente" (18 junio 1927). Por lo tanto este Domingo Mundial no es de unos ni de otros, sino de todos sin excepción y todos los deben vivir sin reservas.

Pero el DOMUND, es, sobre todo, un recuerdo, un pensamiento, una voluntad.

En esta Jornada quiere el Papa reunir a todos sus hijos, para por medio de los sacerdotes recordarles la historia, la vida de la Iglesia. Historia y vida resumida en una palabra, "euntes". Vitalidad andariega de comunicación constante, "in mundum universum". Como si tratara de desempolvar las crónicas familiares, llenas de hazañas gloriosas, para decir a todos y a cada uno de sus hijos: "así es tu sangre, tu nobleza, tu ascendencia, así debes ser tú. No reserves tu fe que se enmohece, comunícala. Luz comunicada, nada pierde y gana en luminosidad. No tienes derecho a pararte. "Euntes", ordenó el Señor y para bien de nuestra alma. Sólo mientras caminas apagarás tu sed y se nutrirá tu espíritu. Pertenece al ejército de Gedeón y has de beber el agua andando, si quieres que te reconozcan en él".

Muy natural que el recuerdo de la historia de la Iglesia, la contemplación de nuestras grandes figuras señeras familiares, excite en nosotros un pensamiento, "catolicidad". Esta es la llama que ilumina y vivifica a la vez el cuerpo del DOMUND. Catolicidad que supone, mejor dicho, que es unidad. Unidad abriendo sus brazos y caminando angustiada, para conseguir la unificación de todos; grano que se deshace, se pudre, para que las substancias sucias de la tierra entren en él y se transformen en belleza y en fecundidad; cuerpo atribulado por crecer, dando su vida y su sangre para salvar los elementos muertos y próximos a corrupción. Catolicidad, cuya fórmula no es el "todos para mí" (egoísmo), sino el "yo para todos" (caridad) y cuya expresión y ejemplo emocionados es Cristo en la Cruz. En esta jornada misionera, el "mio" y el "tuyo", aun tratándose de propio provecho espiritual, debe desaparecer sumergido y disuelto en el "nosotros" cristiano y universalista. Con mayor fuerza, amplitud y eficacia podrá abrir la unidad los brazos de su catolicidad cuando más apretado y simple sea su ser de unidad. El problema de expansión de la Iglesia es problema de unidad, de unificación, pero viva, activa, unificadora. Lo dijo el Señor: "que todos sean uno,

consumados en unidad como yo estoy en ti y tu en mí... para que el mundo crea que tú me enviaste". El pensamiento de este Domingo no se completa con la ayuda a las Misiones, sino que busca a todos y los une en un sólo ejército, para ayudar a todas las Misiones unidas, esto es a la Iglesia Misionera. Y como la Iglesia Misionera, por voluntad propia y positiva suya, tiene una única organización para dar unidad a todos los fieles y a todas las Misiones, la O. P. de la Propagación de la Fe, es esta la organización única que ha de absorber este día, no sólo la preferencia sino el favor total de los católicos. La unidad, pues ansiada, esa unidad anhelante y con los brazos abiertos tiene una expresión, real y tangible entre nosotros: la O. P. de la Propagación de la Fe. Para evitar desorientaciones posibles y reales quiso el Papa que el actual nombre, Domingo mundial de la Propagación de la Fe sustituyera al primitivo Día Misional.

A la luz de estas consideraciones no es extraño que el Vicario de Jesucristo expresara al Consejo Superior de Misiones su voluntad de que este Domingo Mundial se celebrara en las mismas Misiones entre infieles. Todos los católicos habían de vivir con especial emoción y sentimiento de grandeza, y lo habían de sacudir en conversaciones y tertulias este Día el pensamiento, el dogma de la Catolicidad. El Vicario Apostólico y el Misionero, en angustias de reconstrucción y sin los medios necesarios para desarrollar su apostolado, retira en esta jornada las necesidades de su Misión para dar paso a las necesidades de la Iglesia Católica. Este es un hecho centenares de veces repetido. Más aun; recuros ingeniosos que no acudieron a la mente de los Misioneros cuando se trataba de satisfacer necesidades perentorias de la Misión propia, pusiéronse en práctica con fruto doblemente emocionante cuando de ayudar al DOMUND se trataba. Tenemos en casa un ejemplo aleccionador. El Vicario Apostólico, con su esfuerzo continuo, ha transformado el DOMUND en la fiesta principal de Vicariato, homenaje especial de aquellos morenos hermanos nuestros al Papa. Así es como ha puesto su Vicariato, a pesar de sus problemas innumerables y angustiosos, a la cabeza de todas las diócesis españolas en lo que a la recaudación relativa del DOMUND se refiere. El sacrificio y la generosidad de los insulares de Fernando Poo exigen de los católicos de la Península un esfuerzo tal que España se sitúe en los treinta y ocho millones de pesetas para el Domingo Mundial de la Propagación de la Fe.

Verdad, belleza, emoción y fuerza la del pensamiento que encierra y hace vivir el DOMUND entre los hijos todos de la Iglesia de Cristo. Unidad, pero unidad caminando con los brazos abiertos y el corazón salido y que se llama catolicidad. Flaco servicio hacen a la Iglesia, su Madre, quienes el Día Grande de la Propaganda y de la Generosidad, limitan y se reservan algo del espacio de la Iglesia, parcelas encomendadas a su cuidado, corazones de algunos fieles, algunas limosnas y las determinan y orientan hacia determinadas parcelas, a determinados viñadores... No importan tanto las más o menos limosnas, ni los más o menos corazones, ni las más o menos Comuniones o Misas o sufrimientos. No se trata de números que, ante este Día desaparecen y se esfuman. Hay algo más importante: el pensamiento, la catolicidad.

Mordiscos a la unidad, aunque inconscientes, mordiscos peligrosos, savia que se va y se pierde. El Domingo Mundial de la Propagación de la Fe vive y se desarrolla y se mueve sobre un fondo musical divinamente suave y acuciador: "alias oves habeo..." "ut sint consummati in unum".

Sigamos leyendo al Cardenal Van Rossum en su carta citada: "Es la verdadera fiesta de la apostolicidad, el gran día de la catolicidad...". "El primero y principal fin sea el de rogar al Señor de la mies ofreciendo para ello la Santa Comunión; se procurarán inscripciones para la Propagación de la Fe, siendo esta la mejor recomendación en manos de un católico: finalmente se recogerán abundantes y generosas ofertas, que TODAS deberán ser transmitidas a la O. P. de la Propagación de la Fe, a la que el Papa ha declarado órgano oficial de la misma Sede apostólica, para recoger en todas partes del mundo las limosnas de los fieles y para la distribución a todas las Misiones católicas".

Si el pensamiento da luz, la voluntad se decide. Por eso el DOMUND tiene una voluntad firme y decidida. Pensamiento universalista produce en la voluntad vibraciones, ambiciones universales. El DOMUND trata de poner en pie de guerra a todos los cristianos. No se contenta con los fervorosos, con los que llevan una vida de piedad. Los quiere a

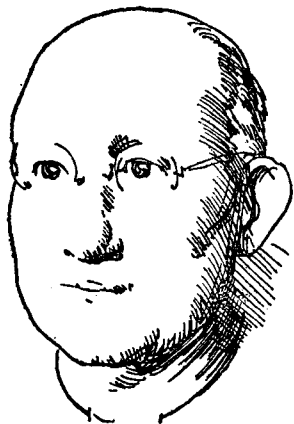
todos, los necesita. Por eso sale el DOMUND de las iglesias y se interna en todos los lugares en los que se desarrolla la vida social, la vida humana. Busca a todo el hombre en todas sus manifestaciones. Los cafés, los bares, los teatros, los cines, la calle, las plazas, las tertulias, la vida del hogar, la radio, la prensa, los hospitales... Ambiciones universales para conquistar el mundo entero. Plétora de fuerza para conquistar otros mil más. Optimismo desbordante y arrollador, contagioso.

Sabe el DOMUND, y lo dice sin rebozo, que son mil cuatrocientos millones de infieles los que se han de convertir; sabe que dentro de cincuenta años aumentará el mundo en mil millones de habitantes de los que solamente doscientos millones formarán parte del rebaño de Cristo. Sabe todo esto, pero no se arredra. Precisamente trata de cambiar los métodos, de suprimir los remilgos en la propaganda, en la organización. Porque sabe también que cuando el DOMUND consiga la cooperación de todos y de cada uno de los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, cuando sea una realidad esa unidad que late viva y anhelante en su pensamiento, la solución vendrá facilísima y gozosamente, y se conseguirá que se forme un solo rebaño bajo un solo pastor. Sus optimismo tiene un fundamento, la palabra de Dios.

Angel Sagarmínaga.

Director Nacional de las Obras Misionales Pontificias

RECONSTRUCCION



Cardenal Fumasoni
Prefecto de la S. C. de «Propaganda Fide»

Las Obras Pontificias de la Propagación de la Fe y de San Pedro Apóstol para el Clero Indígena, os extienden la mano, en nombre de los misioneros.

El ejemplo y el incitamiento nos vienen del Padre Santo que ha enviado un magnífico mensaje y abundantes subsidios a los Obispos

del Japón: «...Ni vuestro fervor, venerables hermanos, ni vuestra fe vacilan ante tantas ruinas. Antes al contrario; diríase que vuestro celo se aviva ante ellas. Habeis congregado ya a vuestros cristianos dispersos, os hallais ya trabajando para levantar los muros calcinados, abrir de nuevo los santuarios y cubrir las brechas materiales y morales que ostentan los edificios y las instituciones católicas. Nos lo sabemos: es enorme el esfuerzo que se os exige en momento de tanta necesidad; y queremos Nos mismo asociarnos a vosotros, disponiendo que la caridad del Papa acuda a vuestro socorro, en la medida de las posibilidades, para esta ardua tarea de reconstrucción».

Hermanos míos: ha sonado para el mundo una hora tan solemne, como misionera.

Las Misiones, que son la Obra de Dios,

saben superar todos los obstáculos y registran siempre un avance en las propias posiciones. El mundo entero tributó su aplauso al magnífico gesto del Padre Santo, que ha llamado también a auténticos misioneros a formar parte del Colegio Cardenalicio. Recientemente, ha quedado constituida en China la Jerarquía Episcopal: otra prueba de progreso.

Imitemos al Padre Santo Pío XII, asegurando igualmente nosotros a los intrépidos heraldos de Cristo, el óbolo de nuestra solidaridad humana y cristiana.

Aun las mínimas ofertas, que se recojan en todos los rincones del mundo católico, formarán —entre todas ellas— una suma tan considerable, como providencial. Hacen falta muchos millones y nosotros los reuniremos para remitirlos, sin tardanza, a los misioneros que esperan.

Reconstruir: he ahí la consigna, la idea-fuerza que mueve al ejército misionero y también la que ha de movernos a nosotros, en la retaguardia, a fin de asegurar los medios que se necesitan en las avanzadas.



Monseñor Constantini
Secretario de la S. C. de «Propaganda Fide»

Pío XI orientador de la tarea misional

Que ante el llamamiento acuciante de las almas en trance de perderse la Iglesia nunca ha estado ociosa, ni necesita demostración, ni la sufre. Pero tampoco puede negarse que no siempre los operarios llamados a la siega de las mieses que blanqueaban tuvieron clara noción de su tremenda tarea. Y, a quien dude de ello, le bastará ojear los tratados, aún los más perfilados y exactos, de la antigua misionología.

Perteneció a Pío XI la gloria de llevar a su realidad máxima, de hacer descender al terreno de las realizaciones, de dar el brillo de lo logrado, a la consigna de los modernos Papas. Casi podríamos añadir que la de haber dado con su formulación exacta.

«Plantar la Iglesia»

Superando la salvación individual de las almas, aunque a su servicio total, se formula en estas tres palabras la cabal dimensión de la empresa misionera. No es ya labor de siembra de débiles gérmenes. Es cuidadoso trasplante de vitales pimpollos a las tierras aún vírgenes y sin roturar. No podrá evitarse que lleven su cepellón. Pero a lo que ha de tenderse es a que, mezclado y confundido éste, cuanto antes enraice fuertemente la nueva planta y extienda sus ramas, vital y pujante, bebiendo la savia del mismo terreno en que encepó.

“Plantar la Iglesia”. Ya no se trata tan solo de la salud de aquellas almas que con ansia la esperan. No se mira exclusivamente a que ellas puedan cumplir su deber de entrar. Es la misma Iglesia la que siente sobre sí, ingente e inaplazable, el deber de extenderse, de dilatar sus pabellones en forma tal que nadie se sienta ajeno en ellos. La que ansía no parecer extraña bajo ningún cielo ni al cruzar los más lejanos meridianos, sino hacerse todo para todos para ganar a todos para Cristo.

Esta era la consigna, formulada con precisión, exactitud y nitidez en la “Rerum Ecclesiae”, al comienzo de su tercera parte. Era el 28 de febrero de 1926.

Hoy, en 1946, podemos preguntarnos: ¿Fué tan solo una estéril formulación teórica?

Hablen, por nosotros, los hechos.

Clero indígena

Otra pluma, harto más docta y ya consagrada en las empresas de cooperación misional, trata de este tema en este mismo número. Pero su valor simbólico y representativo es tal que no podemos esquivarlo completamente, aún remitiendo allí al lector.

Con Pío XI el clero indígena adquiere su significación cabal. “Plantar la Iglesia”, *íntegramente*. Indígenas en los puestos misionales, indígenas en la jerarquía. Indígenas en el episcopado. Y en sucesivas consagraciones fué el mismo Papa quien mostró al mundo asombrado que no eran vanas palabras sino hechos rotundos lo que él oponía a las resistencias que a su paso encontraba.

Los Delegados Apostólicos urgieron e instaron. Una constelación soberanamente fecunda, de seminarios indígenas se dibujó en el horizonte. El Colegio Urbano se amplió y enriqueció, acariciado a veces con la visita personal del mismo Papa. Y al cerrar éste sus ojos para abrirlos a los resplandores del Paraíso, el lirio del clero indígena, sin ser aún

una planta en la plenitud de su desarrollo, había ya enraizado y crecido, mostrando junto a los más prometedores brotes algunas flores de singular belleza.

¿Que no faltaban espinas? Ciertamente, ciertísimo. Solo con una visión simple hasta la tontería podría negarse esto. Pero ¿quién dejó nunca de cultivar rosales porque las tengan?

Contemplación y apostolado

Fué tal vez su mayor acierto. Hablemos de intuición maravillosa si queremos dejar de atribuirlo a inspiración. Lo cierto es que ninguna iniciativa reservó tantas sorpresas como ésta.

Trasplantar no es llevar de un lado a otro elementos aislados. Es tomar la planta íntegra, con sus raíces, su tronco y sus ramas. Por eso quiso Pío XI que también los monasterios contemplativos, ocultos, humildes e ignoradas raíces, se asentasen en países no cristianos.

Y lo que parecía más bello que posible, lo que se nos antojaba más lírico que práctico obtuvo ante nuestros ojos un vuelo insospechado. Fué primero la acogida vibrante y entusiasta de la iniciativa por parte de los misioneros. Fueron después las primeras expediciones. Fué la multiplicación rapidísima de éstas... ¡80 fundaciones se hicieron de 1926 a 1939!

Y lo insospechado: los monasterios de países cristianos que enviaban allí vocaciones sentían agolparse a sus puertas muchísimas más de las que “perdieron”. Y las de vida lánguida resucitaban. Y allí, en los países de misión, los monasterios trasplantados arraigaban, las vocaciones llegaban en número no esperado, los paganos las miraban con simpatía y comprensión maravillosas...

¿Faltaba algo? ¡Sí! Y pronto lo hubo: Fundación de comunidades contemplativas exclusivamente indígenas. Los rosarianos de Java, los cistercienses de Anam probaron bien pronto que el alma indígena puede, no solo plegarse a nuestros viejos y gloriosos moldes, sino crear obras propias para derramar en ellas sus ansias contemplativas.

Arte indígena

Aquí también sorpresa primero, resistencia a veces, crítica en ocasiones. Un aspecto tradicionalmente abandonado al que Pío XI, consecuente en todo con su concepción de la tarea misional, supo llegar con mirada certera y mano firme.

El, como arráez, dió la señal de zarpar. La nave se apartó rápida de tierra. De todas partes empezaron a llegar muestras delicadísimas y bellas de lo que el arte indígena era capaz de producir. Y la pintura china, y la arquitectura japonesa, y la escultura africana, bañadas de auténtica unción cristiana, adquirieron, bajo el suave resplandor de la Verdad, su auténtico sentido estético. Al terminar la primera singladura ansió pasar revista. La convocó para 1942. Sería una gran exposición de arte misional. El Señor, mediante la muerte, hizo que aquella revista la pasasen los dos juntos, desde el cielo. Y a nosotros, con la guerra, nos privó de verla por ahora, para que el correr de los tiempos la haga aún más embelesadora.

“¡Plantar la Iglesia!” ¡Qué sentido tiene esa expresión al contemplar esos templos que se levantan en exóticas tierras embalsando en sí las milenarias tradiciones artísticas de los pueblos que los frecuentan!

Oriente cristiano

No solo en los países de misión podía la Iglesia resultar extraña. Por dolorosa y lacerante paradoja había zonas, milenarias ánforas de riquísimas esencias cristianas, en las que la misma tradicional solera religiosa podía ser obstáculo. Era el Oriente próximo, glorioso archivo de añejas glorias, con sus liturgias y sus particularidades disciplinares y sus tradiciones. Hacia él dirigió su vista Pío XI.

Lo que había hecho con las Misiones, lo repetiría allí, con idénticas decisión y valentía. Bajo su impulso el Instituto Oriental recibió nueva vida. Las órdenes religiosas crearon provincias de rito oriental. Las ediciones de libros litúrgicos se multiplicaron. Los estudios acerca de las cuestiones dogmáticas orientales llegaron a un esplendor nunca visto. Todo ello respondiendo a la gran consigna: Que aquellos pueblos, como todos los del orbe, y aún más que otros, por sus especialísimos títulos, viesan que la Iglesia se hace oriental con ellos, y estudia sus cosas, y vive sus liturgias, y recoge su disciplina y mimas sus instituciones.

De esta forma el apostolado oriental de Pío XI vino a ser el adecuado complemento de su apostolado misional.

Presencia hispánica

Cabalmente, nétese bien, fué esta la manera de España en su gran epopeya misional. A América iba España a fundar diócesis con sus obispos, y sus cabildos, y sus conventos de diversas religiones, y sus Universidades y sus Concilios. Se procuró dar siempre la máxima sensación posible de cristiandad organizada al modo europeo.

La Congregación de Propaganda, que hubo de enviar casi siempre a sus misioneros faltos de apoyo de los príncipes que tan abundantemente daba a los suyos España, cambió de táctica. Aparecen los Vicariatos Apostólicos confiados exclusivamente a una orden religiosa.

Pío XI volvió en gran parte al modo hispánico. Al final

de la "Rerum Ecclesiae" aconseja sin vacilaciones a los misioneros la admisión de otros religiosos en sus Vicariatos que puedan realizar labores propias de su Instituto. De esta forma las Congregaciones de hermanos empezaron a trabajar en la enseñanza, y los benedictinos se encargaron de seminarios, y los redentoristas iniciaron su peculiar labor en varios Vicariatos chinos, y las órdenes contemplativas se instalaron en territorios confiados a órdenes activas...

"Al modo hispano" pero mejorándolo, que más de una vez en lo nuestro, corrió mucha ganga al par del oro. "Al modo hispano" pero adaptándolo a los tiempos que corremos. Superando inmensamente en ocasiones, no pasan en vano los siglos, aquellos tímidos intentos de nuestros misioneros de Indias.

Entraña y médula

Un último rasgo, que a pesar de ir el postrero es el principal. Importa mucho notar que en todo esto Pío XI no trataba tan solo de prever contingencias, de salvar enojosas situaciones que pudieran plantear los modernos nacionalismos. De la misma forma que la Acción Católica era en su ente muchísimo más que un circunstancial remedio a la escasez de clero, cuanto hemos visto de su acción misional trascendía inmensamente la modesta categoría de provisional pararrayos en trances de exaltación nacionalista.

Es algo más hondo. Su razón de ser está en la misma entraña y médula del mandato divino de que la Iglesia es depositaria y mensajera. Por más que lo lleve hasta los últimos confines de la tierra, por más que aturda los oídos de todos los hombres, mientras quede flotando en el ambiente como algo extraño, impuesto, artificial y enemigo de los valores humanos que encuentra a su paso, no habrá cumplido su misión.

Así lo entendió Pío XI. Así lo entiende Pío XII. ¡Ojalá también lo entendamos así nosotros!

Lamberto de Echeverría

Catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca

El futuro de las Misiones

Una vez más la postguerra no ha sido la paz. Por eso se ha escrito sobre la "paz herida" como una característica del tiempo que vivimos, una paz encimera, que encubre un fondo turbio de odios, venganzas y luchas soterradas. En una palabra, un fondo de guerra sorda y profunda.

Desde este punto de partida de la postguerra ¿qué horizontes se abren a la acción misionera en un futuro más o menos inmediato?

Es evidente que la era nueva del mundo, abierta al finalizar la guerra, ha de ofrecer a la expansión del Cuerpo Místico de Cristo circunstancias y elementos, favorables unos y adversos otros.

La pasada contienda ha impuesto al mundo dos ineludibles necesidades, cuya naturaleza ciertamente no ha de favorecer a la acción misionera de la Iglesia. Esta necesidad doble es la exigencia de reconstrucción material y moral en los pueblos directamente afectados por la catástrofe. Basta considerar la amplitud y las dimensiones astronómicas de las destrucciones llevadas a cabo en la guerra pasada para atisbar el volumen de la obra de reconstrucción material. Los vencedores exigen a los vencidos cantidades fabulosas en concepto de reparación por daños de guerra. En uno y otro bando han desaparecido pueblos enteros, capitales de cente-

nares de miles de habitantes; se han destruido millares de fábricas, edificios públicos, viviendas, monumentos de arte, iglesias, escuelas, hospitales. Todo ha sido alcanzado inexorablemente: la casita humilde de un pueblo apacible y la gigantesca catedral sobrecargada de arte y de historia. ¿Qué energías consumirá el esfuerzo reconstructivo de la postguerra?

Junto a la preocupación por la reconstrucción material se levanta en todos los pueblos una punzante inquietud: la reconstrucción moral.

Una de las grandes lecciones de la guerra ha sido la caducidad de las cosas humanas. En la contienda pasada se han bamboleado y derrumbado trágicamente doctrinas políticas y sociales, formas de gobierno, ejércitos poderosos, considerados casi como permanentes e inmovibles. La Humanidad se ha dado cuenta de que desde hace muchos años se le iba abriendo una ancha herida producida por el más feroz egoísmo. Ahora será preciso curar las llagas, levantar frente a la materia la bandera del espíritu, frente al odio el amor.

Esta psicosis de reconstrucción no es muy propicia a la acción misionera porque supone una mirada hacia dentro, hacia lo propio, hacia lo inmediato, hacia lo útil y dificulta

la contemplación del horizonte real de la Iglesia, la cual mira por propia exigencia hacia afuera y tiende a extenderse hasta los últimos confines de la tierra. La Iglesia no puede aplazar su acción misionera, no puede darle mano a esa preocupación hasta que las viejas cristiandades se rehagan, se refuercen y se reconstruyan. Por esta razón la propaganda misional tropieza con una postura de apatía, de aparentemente justificada despreocupación por lo lejano, sostenida por el afán y la urgente necesidad reconstructiva del momento actual.

La hora presente está compulsando el nivel de Catolicidad de los pueblos católicos. Es fácil sentir misionero el corazón cuando la acción misionera se cumple casi instintivamente por una especie de desbordamiento de la riqueza interior. Pero es difícil —muy difícil— mantener la esencia universal de la caridad cuando todo lo que nos rodea inmediatamente y hasta nuestro propio corazón es un montón de ruinas.

El mundo camina hacia la universalidad

No se puede dudar que el Espíritu Santo, alma de la Iglesia, suscitará corazones esforzados con ambiciones universales para que no haya defeción alguna en el caminar misionero del Cuerpo Místico. Pero además hoy comprobamos un hecho claro, que ha de prestar un servicio señaladísimo a la obra misionera de la Iglesia; el mundo camina hacia la universalidad. No hay nación que pueda sobrevivir mucho tiempo aislada del resto de las naciones. Las corrientes internacionales —universales— determinan el fluir de los pueblos. Se ha establecido entre nación y nación, entre continente y continente, un engranaje tan extenso y complicado que los hombres no pueden ya prescindir los unos de los otros. El panecillo que mordisquea, al salir de la escuela, el chicuelo de un pueblecillo cualquiera de España, depende, quizás, de la cosecha argentina, de la gasolina norteamericana y de un barco de transporte inglés. Los hombres, que no han querido unirse por amor, tendrán que unirse por egoísmo.

En primer lugar se está universalizando el pensamiento de la Humanidad y forzosamente, por propia naturaleza, deberá universalizarse más que nunca el pensamiento cristiano. Jean Daniélou, en un artículo publicado en la revista "Études" de abril de 1946 y titulado "Les Orientations présentes de la pensée religieuse", ha escrito estas palabras interesantes: "El pensamiento cristiano al mismo tiempo que profundiza en el misterio de la santidad personal, debe abrirse a perspectivas universalistas. *Todas las grandes corrientes del pensamiento actual en el mundo ofrecen un aspecto cósmico.* Sin embargo, con bastante frecuencia, el cristianismo, que es el católico por definición, ofrece un aspecto estrecho y mezquino y no se atreve a proyectarse hacia estas grandes perspectivas. Tenemos que hacernos a la idea de que el cristianismo, que en primer lugar se ha manifestado en las formas de la cultura greco-latina, está llamado también a encarnarse en las grandes culturas mundiales, tales como las de la India, China y África. Tenemos que llegar a afirmar que éste es el medio, no de un progreso de la Revelación, que se cierra con Cristo, pero sí de un progreso del dogma, como quiera que las formas de cada mentalidad permiten poner de relieve nuevos aspectos de las inagotables riquezas de Cristo".

Las mentes más dispares y dispersas se están enlazando y unificando insensiblemente por medio de esas grandes máquinas creadoras de criterios comunes, que son los adelantos modernos, tales como la Prensa y sobre todo la Radio y el Cine. Y con la inteligencia, con el espíritu se universalizan también los elementos materiales de la vida humana.

La unificación y universalización de la Humanidad ya presenta, como es natural, peligrosas consecuencias. A me-

didada que los hombres se unen, se van suprimiendo los elementos específicos, diferenciadores de las razas y de los pueblos. Las peculiaridades, el folklore se desvanecen en la vida corriente para quedar relegados en la fría penumbra de las realidades de museo. Este hecho, aplicado también a las altas esferas de la política, de la literatura, de la filosofía y del arte, ha provocado ya naturalísimas reacciones. Se está suscitando una gran y gigantesca lucha de clases al escindirse el mundo en dos grandes sectores de grandes y pequeños. Grandes son precisamente los que tienen mayor potencia de irradiación universal. Lo castizo, lo distintivo, lo pequeño, en definitiva, no se resigna a morir, quiere sobrevivir y este lógico anhelo ha dado lugar a los movimientos nacionalistas frente a las diversas formas de imperialismo.

Pero a pesar de estas dificultades, el mundo camina hacia la universalidad de un modo irrefrenable impulsado por la ley del progreso. ¿Beneficiará a las Misiones esta postura del mundo actual? Evidentemente que sí. La Iglesia es esencialmente universalista y camina hacia la universalidad desde hace 20 siglos. Ahora los hombres aunque involuntariamente muchos de ellos, habrán de dar la razón a la Iglesia de Jesucristo. Y al mismo tiempo en el estilo misionero de la Iglesia tendrán que aprender los universalizados modernos la gran fórmula católica que conjuga la expansión universal con la libertad y exaltación maravillosa de lo individual. La Iglesia es la única institución que ha sabido mantenerse fiel a su naturaleza misionera al mismo tiempo que a su interna unidad sin suprimir para ello lo típico, lo castizo, lo peculiar de cada pueblo. Porque cuando trata de extenderse por todo el mundo, su fin es naturalizarse, hacerse nativa de cada país y de cada raza. La Iglesia se adapta. En cierto sentido podemos decir que no conquista a los pueblos, sino que se da, se entrega a ellos, se funde con su propia naturaleza íntima y de este modo se establece de un modo perenne. El mejor ejemplo de este admirable sentido de adaptación es el tesón con que la Iglesia persigue la formación del Clero Indígena, consagra obispos indígenas y ha llegado ya a admitir en el Colegio Cardenalicio a un Prelado chino.

Ya no habrá salvajes

Este vertiginoso caminar del mundo hacia la universalidad ha de tener dentro de muy poco una consecuencia clara. La expansión rapidísima de eso que llamamos la civilización. No tardará en llegar a los pueblos más incivilizados con el avión de transporte, la instalación eléctrica, el ferrocarril, el teléfono, la radio. Mañana —en un mañana muy próximo— todo el mundo será civilizado, ya no habrá salvajes. Los hombres nos vamos igualando poco a poco. Van desmoronándose ya las prescripciones continentales y no podemos presumir qué horizontes nuevos se van a abrir ante los ojos de la Humanidad cuando los negros del centro de África nos den lecciones sobre Kant o sobre la Penicilina. Esta supresión de la incultura ha de tener una honda repercusión favorable a la acción misionera.

Porque, en primer lugar, nos exigirá una reforma de nuestro concepto sobre el mundo pagano y sobre el problema misional. Se han pasado los hombres demasiado tiempo identificando injustificadamente el paganismo con la barbarie. No concebíamos al misionero más que junto a su choza de ramas secas, encandilando a los salvajes con un espejito y una caja de música. Y enseñando románticamente el Catecismo a unos niños desarrapados y mugrientos. Pero las Misiones en gran parte ya no son así y desde luego el tipo de misión entre salvajes va a desaparecer dentro de muy poco tiempo.

La supresión del salvajismo contribuirá a una rectificación de muchas conciencias misioneras deformadas. Porque, si bien el problema misionero en su íntima naturaleza es

inmutable, sin embargo en el orden práctico muchas veces se han sobreañadido a su ser profundo facetas especiales, movilizadas y cambiantes. Es lo que pudiéramos llamar el aspecto psicológico del problema misional. Cada cristiano tiene sus ideas propias sobre las Misiones, y en esta concepción y visión subjetiva del problema, lo objetivo muchas veces ha sido deformado o velado por aportaciones de la sensibilidad, de la imaginación, de la información imprecisa e inexacta. La "perspectiva" misional que consideraba la obra del misionero como un admirable gesto compasivo del fuerte frente al débil, del rico frente al pobre, del civilizado frente al salvaje, ha perjudicado muchas veces a la acción misionera. Muchos espíritus superficiales creerán que la labor del misionero será mucho más difícil cuando no pueda llevar a los infieles espejos, gramófonos, gafas y ampollitas de inyecciones. Y sin embargo no será así porque los paganos no verán en el mensajero del Evangelio al individuo de una raza superior. El misionero y el infiel se hallarán situados en un mismo plano y no habrá lugar al recelo y a la suspicacia porque podrán mirarse sinceramente a los ojos y hablarse de corazón a corazón, sin que el Padre al rebajarse tenga que herir la susceptibilidad del infiel. La acción del misionero será más fácil. Entre ellos y nosotros no habrá diferencia natural alguna. Sólo existirá la única diferencia radical y profunda que nos distingue: la Fe, la Esperanza y la Caridad sobrenatural. En una palabra, el torrente íntimo de la vida de Dios "que se ha difundido en nuestros corazones". Entonces ellos, al desaparecer los celajes de los prejuicios, de la suspicacias y de los recelos, al desmoronarse el sentido de la propia impotencia, de la propia inferioridad y debilidad, podrán conocer mejor —¡mucho mejor!— el mensaje de Jesús. Porque verán el único móvil de la abnegación y del sacrificio misionero: el amor de Cristo.

Alas mensajeras de la vida

Dentro de muy poco las Misiones van a encontrar en el mundo moderno un magnífico colaborador: la aviación. Hasta ahora el gran esfuerzo de la aviación se ha concentrado en la formación principalmente de poderosas armas aéreas, de tristes alas mensajeras de la muerte. La tierra rasgada por los feroces bombardeos aéreos parece que se yergue ahora en un gesto de venganza y exige a la aviación de guerra una compensación por los destrozos causados. Uno piensa que quizá la Providencia depare al arma aérea una magnífica oportunidad de reconciliación con la tierra rota cruelmente. Esas alas mortíferas han de transformarse en alas misioneras, mensajeras de la Vida. Ya un Vicario Apostólico de Alaska se ha preocupado de formar pilotos entre sus misioneros. Pero en la aviación podemos descubrir dos factores favorables a la causa de las Misiones: el primero es su capacidad de transporte fácil y rápido, y el segundo su cualidad de maravilloso lazo de aproximación entre los hombres.

En primer lugar el misionero podrá trasladarse en poquísimo tiempo a cualquier parte de su territorio por muy extenso que sea, multiplicando de modo maravilloso su presencia en templos, parroquias, catequesis y misiones alejadas a las que antes tan sólo podía visitar a lo más una o dos veces al año. Por otra parte los representantes jerárquicos de la Iglesia, —obispos, vicarios, prefectos apostólicos, superiores— podrán comunicarse con sus superiores e inferiores con mayor facilidad y frecuencia, que les permitirá ejercer una acción de gobierno cada vez más perfecta y más fecunda.

Pero acaso el mejor servicio que la aviación ha de pres-

tar a la causa misionera de la Iglesia será la aproximación entre los hombres. Por medio de la aviación se suprimirán en absoluto las distancias materiales entre los continentes y las naciones del mundo entero. La mente japonesa y la húngara podrán ponerse en contacto con pasmosa facilidad. Dentro de muy poco, por primera vez en la historia del mundo, el hombre va a ser prójimo y próximo al mismo tiempo. Ya se habla de una vuelta al mundo en 65 horas. Esta aproximación de los pueblos trae como consecuencia el conocimiento de la mentalidad, de la idiosincrasia, de la cultura, de las virtudes y de los defectos. Cuando este conocimiento llega a la cima de su perfección nos presenta a pueblos, naciones, razas y tribus en una luz nueva descubriéndonos valores recónditos antes oscurecidos a la mezquina luz de un conocimiento superficial y confuso, hijo de la lejanía. Y el perfecto conocimiento mutuo lleva a la mutua comprensión, que es como un cálido abrazo prenuncio gozoso de la caridad.

Todos, por todos

En la postguerra anterior se llegó a perfilar la gran forma moderna de la cooperación de los católicos a la causa de las Misiones. La fórmula TODOS POR TODOS llevada a la práctica por las Obras Misionales Pontificias. Evidentemente esta universalización de la cooperación ha ido creciendo en estos veinticinco últimos años y al apagarse los últimos incendios de la guerra nos encontramos con el fruto maduro de las organizaciones misionales oficiales de la Iglesia completadas por las obras particulares en favor de las Misiones. En nuestro tiempo la cooperación misional se ofrece con dos características enormemente ventajosas: sentido universalista cada vez más acusado y organización puramente eclesial de la cooperación. El laicismo de los poderes públicos, que ha prevalecido durante los últimos tiempos ha perjudicado a la Iglesia notablemente, pero por otra parte ha desembarazado su acción. Ahora la acción misionera de la Iglesia es más libre y más patente su universalidad. Las Misiones no son sostenidas ya propiamente por España, Francia, Italia o Estados Unidos. Se sostienen con el dinero sagrado de la misma Iglesia. Hemos vuelto al estilo misional de la cooperación primitiva: todos los fieles por todos los infieles. Cuando la Sagrada Congregación de Propaganda Fide distribuye entre las Misiones de todo el mundo las limosnas de los católicos, el misionero que reciba mil liras para retocar su iglesita pobre inútilmente pretenderá volver los ojos agradecidos hacia un donante determinado. No verá a nadie, sólo se encontrará con la mano generosa y larga de la Iglesia que llega hasta él con cariño de madre. En las arcas de la Iglesia vuelven a confundirse y hermanarse los pobres y los ricos como en ágapes de los tiempos primitivos.

Esta espléndida Catolicidad de la cooperación misional que se refuerza y desarrolla día tras día por el impulso de la Santa Sede y por medio de las Obras Misionales Pontificias de un modo especial, viene a ser otra pincelada de luz y otra fuente de esperanza para el futuro misionero de la Iglesia. Es verdad que a las Misiones no las patrocina ya el brazo firme y vigoroso de un emperador que empuña al mismo tiempo la cruz y la espada. Ahora las patrocina una monja tuberculosa que se murió a los 24 años en un convento cualquiera de Europa. ¿No tiene este mismo hecho un reconfortante y delicioso aroma de sobrenaturalismo? ¿No parece que estamos ahora colocados en un ambiente más divino, más cristiano, más católico? ¿No estaremos asistiendo a la aurora de la mejor era misional del Cuerpo Místico de Cristo?

Javier Echemique.

Secretario Nacional de la O. P. de la Propagación de la Fe

La Misionología

I (1)

Hace poco más de un siglo, se iniciaba en la Iglesia un movimiento misional, que había de llegar al esplendor que hoy podemos contemplar con agrado, pero que todavía no satisface nuestras ansias apostólicas.

Este movimiento misionero de la Iglesia, necesita entre los fieles una intensa propaganda, y lo mismo los misioneros que se batían en la vanguardia, que los propagandistas encargados de sostener el fuego sagrado entre los católicos, necesitan una formación misional poco común.

Esta formación misional, o estudio de las misiones de un modo crítico, metódico y sistemático es lo que hoy día llamamos Misionología o Ciencia de las Misiones.

Sus orígenes próximos son ya bastante conocidos entre los amantes de las misiones. Es verdad que antes de 1910 ya hubieron tentativas para crear una revista científico-misionera, y que el P. Huonder publicó la suya y fundó la Biblioteca de Misiones con la edición de la primera obra en 1907.

Pero en el año 1910 el P. Roberto Streit apoyado por el príncipe Luis de Löwestein, el P. Schwager y Schmidlin, proponía al Congreso Católico de Berlín, tres postulados, que fueron como las bases del futuro movimiento que había de alcanzar un desarrollo insospechado. Mayor consideración a las Misiones en los programas de estudio de los Seminarios teológicos y de las Universidades; formación de especialistas en Misionología y la institución de una cátedra también de Misionología en alguna Universidad.

Apenas pasara un año y las tres proposiciones del Padre Streit, tuvieron plena y eficaz realización y podemos decir que hasta con creces.

En efecto, en Münster, se llevó a cabo la fundación del Instituto Internacional de Investigaciones Misionológicas, cuya alma fueron los Padres ya citados, Streit y Schwager. Este Instituto se propuso la publicación de una Bibliografía crítica de todo lo que se ha escrito sobre misiones. Antes del comienzo de la guerra habían sido publicados siete gruesos tomos con el título genérico de Biblioteca Missionum, que actualmente es continuada por el P. Dindinger, director de la Biblioteca Misional Pontificia del Palacio de Propaganda, y el P. Rommerskirdien, O. M. I.

El Instituto fomentó por otra parte la investigación sobre documentos inéditos, existentes en diversos Archivos y Bibliotecas: Roma, Sevilla, Madrid, Simancas, Lisboa..., publicándolos íntegros o extractados; trabajos científicos sobre la teoría de las misiones; organización de Congresos y Cursos científicos, días o semanas de Misionología.

Otro de los fundamentos de este movimiento misionológico fué la publicación de la Revista de Ciencia de las Misiones, que era como el órgano del citado Instituto.

Salió por primer vez en enero de 1911, al principio cada mes, y más tarde trimestralmente.

Trata de las historias de las Misiones; refleja el estado actual de las mismas, tanto en general, como en particular; artículos sobre sus progresos y atrasos, bibliografía y crítica

de libros, etnografía e historia de las Religiones paganas. Esta Revista parece que sigue publicándose actualmente en Suiza.

Más tarde fueron surgiendo otras publicaciones de carácter crítico, también fuera de Alemania, como la "Revue d'Histoire des Missions", en Francia; "Anthropos", en Austria; la "Revue de l'Aucam" y el "Bulletin des Missions", en Bélgica, y en Italia "Il Pensiero Missionario".

También en Alemania y en la Universidad de Münster, tuvo lugar la primera cátedra de Misionología. En otoño de 1910 se creaba la cátedra de Misionología científica con carácter extraordinario, encargando de la misma al profesor Schmidlin, y que en 1914 se convirtió en ordinaria.

Esta cátedra, con tal profesor a la cabeza, contribuyó grandemente a la creación de la escuela científico-misional de Münster, que no tardaría en extenderse a otros centros docentes de Europa, cristalizando, por decirlo así, en la Facultad de Misionología de la Universidad Gregoriana de Roma.

Sus lecciones comprendían una introducción general, y luego tanto la Historia y el conocimiento actual de las Misiones, cuanto la enseñanza teórica y práctica de la nueva disciplina; los textos misionales de la Sagrada Escritura y nociones elementales del Derecho Misional.

Como complemento a esta cátedra de Misionología, fué erigida en la misma Universidad de Münster, en 1912, una cátedra de Ciencia de las Religiones, y durante la primera guerra mundial una cátedra extraordinaria de Ciencias Orientales.

Estas cátedras de Misionología se extendieron con relativa rapidez, lo mismo en Alemania que en otras naciones.

En la Universidad de Munich, profesor Aufhauser, en 1919; en Würzburgo, profesor Becker, en 1927; Salisburgo (Austria), profesor Ohm, 1926; Viena, Dr. Thaurer, 1934; París (Instituto Católico), 1917; Lille, 1927; Lovaina, P. Charles, 1929; Nimega en Holanda; Lubiana en Yugoslavia; Poznan en Polonia, Friburgo en Suiza.

En Roma Benedicto XV establecía, en 1919, una cátedra de Misionología en el Colegio de Propaganda, ampliada más tarde con el carácter de Instituto de Misionología.

En 1932 y con la reforma de los estudios eclesiásticos por la Constitución "Deus scientiarum...", era erigida en la Universidad Gregoriana una Facultad de Misionología, que tiene por fin la formación científico-misional de misioneros escogidos, o de aquellos que en los países ya católicos, hayan de dedicarse a los estudios de misiones, o dirigir Obras Misionales. Al cabo de tres cursos, los alumnos podrán obtener el doctorado. Entre los profesores se encuentran algunos españoles como los padres Zameza, Decano, Leturia y Lopetegui.

También en el Colegio de San Antonio de PP. Franciscanos, elevado a Universidad en el otoño de 1933, merece particular mención el curso misional que allí se tiene para la formación de los misioneros de la Orden Franciscana.

Manuel García.

Director del Secretariado Diocesano de Misiones de Santiago de Compostela

(1) La escasez de espacio material disponible nos obliga a dividir este artículo en dos partes, la segunda de las cuales aparecerá en el número próximo.

El clero indígena en las Misiones

Su actual florecimiento y los documentos más modernos de la Santa Sede respecto a este problema

A) *Perspectivas del actual florecimiento del Clero Indígena, en China.*

Una noticia sorprendente fué divulgada, estos últimos meses, por la Radio Vaticana: Dcn Celestino Lu-tseng-tsiang, O. S. B., monje chino, ha sido nombrado por Pío XII abad Mitrado de la célebre Abadía benedictina de Saint André Cophen-les-Bruges (Bélgica).

¿Y que personalidad se oculta bajo la cogulla monacal de D. Celestino? Había desempeñado este anteriormente importantes misiones oficiales sobre todo en Rusia y Bélgica, y en 1919 se negó a firmar las cláusulas del protocolo del Tratado de Versalles por considerarlas injustas y vengativas. Como primer ministro, más tarde, de su país trató de establecer una representación diplomática china ante el Vaticano. El proyecto que, no pudo prosperar entonces por intrigas de algunas Cancillerías europeas, se ha convertido últimamente en magnífica realidad: El Gobierno chino tiene un Ministro plenipotenciario acreditado cerca de la Santa Sede y ésta acaba de elevar por su parte, a Nunciatura la Delegación Apostólica creada (año 1922) por Pío XI en aquella nación.

Lu-tseng-tsiang, casado con una dama católica belga, se convirtió del protestantismo al Catolicismo, una vez viudo vistió el sayal benedictino en 1927 y llegó a ordenarse de sacerdote en la fiesta de S. Pedro de 1935. Y ahora llega la noticia sensacional de que este monje chino ha sido designado por el Papa para regir los destinos de una de las más florecientes Abadías de Europa.

Pero no es este un acontecimiento aislado. Podemos decir que el año 1946 quedará registrado como especialmente decisivo en la ordenación de la Jerarquía católica indígena en China. Enumeraremos algunos hechos más destacados: La creación del primer Cardenal chino en la persona de Monseñor Tomás Tien S. V. D. (18 febrero); la constitución de la Jerarquía regular en 99 de las 138 circunscripciones eclesiásticas esparcidas por la inmensa República china (11 abril) hecho que, —considerado en su amplitud total no tiene par en los anales de la Historia de la Iglesia, pues en ningún pueblo han surgido de una vez 20 archidiócesis y 79 diócesis, como acaba de verificarse en la República Celeste; el nombramiento del Cardenal Tien como Primado de la Iglesia Católica de aquel país con sede en el redivivo Arzobispado de Pekín (10 mayo); la inclusión en el Diccionario chino, por obra personal del Generalísimo Chiang-Kai-Chek, del neologismo con que se designará en aquella lengua milenaria el nombre, exótico hasta ahora de “Cardenal”; etc...

¿Cómo se ha llegado a este espléndido florecimiento de la joven Iglesia china, que no sólo se organiza tan ampliamente de una manera regular en su interior, sino que llega a prestar un Cardenal a la Iglesia universal y un Abad mitrado a la antigua cristiandad de Europa?

En 1923 aparecen los primeros brotes de la Jerarquía indígena en la Era Moderna con el nombramiento de Mon-

señor Odrico Teheerg O. F. M. como prefecto Apostólico de Puchi (Hopch). Tres años después (28 de octubre 1926) consagraba personalmente el Papa a seis Obispos chinos en S. Pedro del Vaticano.

Y tan rápidamente creció este movimiento que en 1940 llegó a contar la “Ecclesia cathólica sinensis” con 22 circunscripciones (13 Vicariatos y 9 Prefecturas Apostólicas) encomendadas al clero indígena, siendo hoy 21 los Arzobispados y Obispados y 7 las Prefecturas Apostólicas regidas por Prelados chinos. Junto a estos se alineaban (año 1940) 2.073 sacerdotes connacionales en hileras que van creciendo de año en año aún a pesar de las inacabables guerras que azotan el país, gracias especialmente al esfuerzo modelo de los 16 Seminarios *regionales* en los que se forman según estadísticas de 1938-1939—1.017 seminaristas filósofos y teólogos y que con toda premura podrán dilatarse en número y capacidad a los 5.386 alumnos de los 107 seminarios *menores*.

¡Qué bella perspectiva, si a la acción —desconocida en tal grado de extensión e intensidad durante la más favorable época de la Historia de las Misiones Católicas en aquella superpoblada nación— del Espíritu Divino y al heroísmo de los misioneros responde la ayuda *total* de la vanguardia católica, presentará dentro de pocos lustros la Iglesia de Cristo en China, llegada a su madurez con sus 800.000 sacerdotes diocesanos y regulares y a su frente los 1.500 Obispos Indígenas aparte del más numeroso ejército de religiosas y religiosos laicales!

En el Africa negra. — Pero no es solo en la inmensa China la tierra de promisión para el Catolicismo en nuestro auténtico “siglo de las Misiones”. Es el Africa negra con sus tres Obispos de color en Eritrea —de rito copto abisinio—, Uganda y Madagascar y un Prefecto Apostólico senegalés, y sus largamente probados y celosos sacerdotes y sus incontables masas de abnegados y fervorosos cristianos, lo que viene a dar claro testimonio de la verdadera Religión cristiana.

En Japón. — Es el cristianismo japonés, doblemente martirizado con la persecución secular de sus adversarios domésticos y la prueba de fuego de la bomba atómica segadora de la vida de 10.000 fieles en la porción escogida del Obispado Indígena de Nagasaki que resurge con nuevo empuje de entre los escombros de la Catedral de sus proto-mártires con una selecta pequeña grey de sacerdotes y cinco Prelados nativos.

En Indochina. — Son los heroicos cristianos indochinos, multiplicados milagrosamente en medio de las violentas persecuciones del siglo XIX gracias en máxima parte a su numeroso Clero Indígena, que ha visto reconocidos su valor y su fidelidad con la elevación de cuatro de sus miembros a la plenitud del sacerdocio.

En el Indostán. — Son las abigarradas cristiandades de las Indias Orientales y de Ceilán, que contaban en 1942 con

16 Obispos y 3.034 sacerdotes salidos de su seno, fruto prometedor para el obscuro porvenir político de aquel continente, mosaico de razas, lenguas y religiones, y que han enriquecido la espléndida variedad litúrgica de la verdadera religión con el rito siro-malabárico de los antiguos cristianos de Santo Tomás y el siro-malantrático de Mar Ivanios, Mar Thefilos y Mar Severios, en su reciente retorno al redil de S. Pedro. Aurora de fúlgidas expansiones a la Buena Nueva de Cristo entre los millones de las clases más humildes del Indostán e hito esplendente de la íntegra catolicidad en el sacerdote católico señala la primera Misa celebrada el 1 de Enero de este año de gracia de 1946 por Jacobo Pascual Sing (de la Misión de los Paules españoles en Buttack, al cumplir ahora sus 25 años de erección), el primer sacerdote paria conocido en la historia hindú, tras quien pronto alcanzarán el mismo honor sacerdotal otros jóvenes sin-casta ingresados en distintos Seminarios a partir del año 1935.

En Corea. — Es la península de Corea, en la que hubieran de introducir sus primeros cristianos la Religión de contrabando, la que presenta hoy día entre sus 150.000 católicos a 121 sacerdotes indígenas y a dos encargados del cuidado pastoral, en nombre del Supremo Pastor, de sus compatriotas coreanos.

En Java y Siam. — Y son finalmente —para cerrar este rápido y superficial recorrido, sin poder detener nuestra vista en otros atrayentes campos de Misiones— los católicos javaneses que se regocijan en 1939 viendo brillar la mitra episcopal sobre las sienas de su connacional Monseñor Soegijapanatra S. J., y la adolecente Iglesia católica del Siam que asiste gozosa en febrero de 1945 a la consagración de Monseñor Chem el primer Obispo Thailandés.

B) Documentos Pontificios sobre el Clero Indígena.

Ante la pujanza que según vemos, va adquiriendo en todos los países de Misión la naturalización de la Iglesia con su jerarquía indígena completa con sus Seminarios, con su organización, cabe preguntar si todos estos resultados obedecen al azar surgido por su impulso incontrolado del Espíritu Santo, o si más bien no tiene alguna explicación histórica humana en las causas segundas de que normalmente Dios N. S. suele valerse para realizar sus fines.

Prescindimos de mil factores diversos que, en distintas proporciones han podido contribuir a la creación del actual estado de cosas. Fijemos nuestra atención tan solo en las directivas emanadas de la Santa Sede y en la actuación enérgica de los Vicarios de Cristo en los últimos decenios.

Ya la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, desde el primer siglo de su fundación insistía en que "el principal motivo por el cual se os envía (a los Vicarios Apostólicos del Seminario de Misiones extranjeras de París) cual Obispos a las diversas Misiones es para que, por todos los medios, eduqueis de tal modo a los jóvenes, que sean aptos para el sacerdocio y ordenados y destinados" bajo nuestra dirección, trabajen afanosamente por Cristo (año 1659).

(Cfr. *Instruct. S. C. De P. F. ad Ep. Iudiarium Orient.* 19 marzo 1893).

Y ha ido explicando, para justificar sus exigencias, a través de los siglos distintas razones fundadas en consideraciones dogmáticas, estratégicas, psicológicas y políticas que después en nuestro tiempo, han sido recogidas y ampliadas y urgidas con carácter más agudo principalmente por los últimos Papas Benedicto XV, Pío XI y Pío XII.

Nos reduciremos por la estrechez del espacio que nos resta, a espigar algunas citas entresacadas sobre todo de las grandes Encíclicas misionales de nuestros días, que vienen a

ser como una resonancia condensada e identificada de los textos tan profundamente sembrados de la *Collectanea S. C. de P. F.*

No se cansan de recordar los argumentos de orden dogmático, mostrándonos diversas facetas de los mismos. Y así explican cómo el Clero Indígena es exigencia a) *de la catolicidad de la Iglesia*: "Siendo la Iglesia de Dios católica y propia de todos los pueblos y naciones es justo que haya en ella sacerdotes de todos los pueblos, a quienes puedan seguir sus respectivos naturales, como a maestros de la ley divina y guías en el camino de la salvación (Maximum illud, 25); b) del perfeccionamiento del ministerio misionero. "En efecto, allí donde el Clero indígena es suficiente y se halla bien formado... puede decirse que la obra del misionero está felizmente acabada (Maximum illud, 25); c) del fin específico de las Misiones: "Y ¿cómo se logrará esto? (el fin de las mismas Misiones: fundar y naturalizar en regiones dilatadísimas la Iglesia de J. C.) entre los paganos de hoy, si no es... haciendo que cada país cuente con su propio Clero" (Rerum Ecclesiae, 52); d) *de la Tradición de la Iglesia primitiva*: "Quizá no se reflexiona lo bastante sobre el modo cómo se propagó el Evangelio y se estableció la Iglesia de Dios en sus principios...: los Apóstoles proveían de Clero a las comunidades de fieles, no trayéndolo de fuera, sino eligiéndolo y constituyéndolo de entre los nuevos convertidos" (Rer. Eccl., 50).

Describen también con minuciosa y atinada penetración razones que bien pudieran denominarse de orden *estratégico* (insuficiencia del Clero europeo, extensión gradual del campo de las Misiones), así como otra serie de pruebas interesantísimas de orden *táctico* (pues señalan el Clero nativo del país a evangelizar, como garantía de más rápido crecimiento y de más consistente perpetuidad para la Iglesia indígena en formación) y *ético-psicológico*.

Nos place recoger dos testimonios referentes a este último apartado: a) "¿No ocurre muchas veces que los misioneros extranjeros por insuficiente dominio de la lengua del país, no pudiendo expresar bien sus propias ideas, desvirtúan un poco la eficacia de su predicación?" (Rer. Eccl., 14); b) "Porque es indecible lo que vale para infiltrarse la Fe en las almas de los naturales el contacto de un Sacerdote indígena del mismo origen, carácter, sentimientos y aficiones que ellos, ya que nadie puede saber como él insinuarse en sus almas" (Max. Illud, 22).

Pasando por alto motivos que se han de tener muy en cuenta, de carácter *político* (conciencia de su propia suficiencia —aún en cuestiones religiosas— de los pueblos no cristianos más civilizados, guerras y revoluciones que envuelven en sus turbulentas aguas —sin motivo, generalmente— las personas de los misioneros extranjeros en especial), no queremos dejar de transcribir por últimos tres fases en que los Papas parecen concentrar para hijos de la Obediencia, —virtud con que se han de distinguir sobre todo los misioneros de Cristo— el supremo argumento de *autoridad*: a) "Mandamos a la S. C. de P. F... que tiene a su cuenta la fundación o, si ya están fundados la debida dirección de Seminarios... (A fin de que) adquiera el Clero (indígena) nuevo y conveniente desarrollo" (Max. Illud, 28); b) "Pues esto mismo (respecto a Seminarios y seminaristas indígenas) que algunos superiores de Misiones han llevado ya a la práctica, Nos deseamos o por mejor decir queremos y mandamos que los hagan en la misma forma todos los demás" (Rev. Eccl., 59); c) "Sin embargo nuestro mayor y más ardiente deseo es que... surja dentro de poco tiempo un ejemplar Clero Indígena... (Saec. Ex., 19).

Es imposible, sobre el pie forzado de este artículo, numerar siquiera algunas de las adecuadas normas sobre *formación* de los seminaristas *de color* indicadas por los Papas, y tampoco queda lugar para la cita de los elevados ra-

zonamientos que explanan acerca de la *misión* a cumplir para los sacerdotes indígenas.

No podemos así mismo mostrar cómo la O. P. de San Pedro Apóstol, siguiendo las sabias orientaciones de los Romanos Pontífices, ha sido uno de los factores decisivos en crear ambiente y en proporcionar medios eficientes para la solución de este problema angular de las misiones y fin primordial del misionero.

Conclusión. — Pero, al terminar, si queremos subrayar cómo la primavera prometedora de los campos de misión en nuestros días y el presente florecer cuasi-universal del Clero Indígena en ellos, crea una responsabilidad particular en los católicos, responsabilidad que exige nuestro apoyo consciente y generoso a los graves y urgentes llamamientos de

los Papas y a la paciente y tenaz labor de los misioneros, a través de la O. P. de San Pedro Apóstol *pro* Clero Indígena, para así contribuir de una forma concluyente a la implantación completa y estable de la Iglesia católica en esas tierras anhelantes de legítima redención cristiana del mundo infiel.

NOTA BIBLIOGRÁFICA. A-1) *Collectanea Sacrae Congregationis de Propaganda Fide* (2 vol.). — Roma 1907. — 2) *Bullarium Pontificium Congregationis de Propaganda Fide* (5 vol.). — Roma 1839-41. — 3) *Sylloge* . . . — Roma (Tipograf Vaticana) 1939.

B) *Benedicto XV.* «Maximum Illud» (30 Nov. 1919) y Pío XI «*Rerum Ecclesiarum*» (28 Febr. 1926) en Caviña, R. (S. S.) «*Encíclicas misionales*» Bilbao 1941 pp. 126. Pío XII «*Saeculo exeunte*» (13 junio, 1940) en «*El Siglo de las Misiones*» 1941, pp. 67-74.

C) Cfr. también 1) Gúrpide, Pablo (Fbro.) «*El Clero Indígena*» (2 fascic.) Burgos, 1928. — 2) «*Possumus*» (Suplemento de «*Illuminare*» para seminaristas) Núm. 2 y 5 (jun. y dic. 1944, marzo 1945). — 3) «*Sacerdotes de color*». — Bilbao, 1945. — 4) «*Catolicismo*» de las O. O. Mis. Pontif. años 1945 y 1946.

Cruz Omachevarría

Delegado Diocesano de Misiones de Bilbao
y Miembro de la Junta Técnica de la C. M. D. E.

La Universidad y las Misiones

LA HORA ACTUAL DE LAS MISIONES EXIGE MISIONEROS UNIVERSITARIOS

¿Contradicción?

En una reunión de diversas sectas protestantes:—“¿Cómo se explica que, sin medios apenas, los misioneros católicos en China, consiguen una labor tan eficaz y permanente? — “Porque nosotros, los protestantes, fundamos una Misión alrededor de una escuela y ellos alrededor de un Sagrario.”

El Padre J. Mahé, S. J., conversa con un pagano brahmán, inspector de escuelas de la India. El tema de la conversación se concentra en la eficacia de la instrucción para penetrar en la conciencia de los hindúes. El brahmán pagano contesta al P. Mahé: — “Por todas partes encuentro capillas católicas, pero apenas veo una escuela. Los protestantes, por el contrario, sólo tienen escuelas. ¡Son más listos que vosotros!”

¿Hay contradicción entre estas dos apreciaciones? Yo creo que no. Creo que se complementan. Sagrarios y escuelas. Iglesias y Universidades.

Pensamientos

1) “Hemos querido que el conjunto magnífico de las Misiones, de esta obra verdaderamente divina, esté iluminado por una luz única que revele, no solamente la belleza, sino también los más delicados pormesores. Por esta razón Nos, hemos deseado que la parte científica, geográfica y literaria de las Misiones, ocupe un lugar importante, porque es siempre de la región de las ideas, de donde descienden las grandes directrices de la acción. Vivimos en unos tiempos, en los que más que nunca se ha manifestado que todos los heroísmos y todos los sacrificios inherentes a la vida del misionero, no bastan para asegurar el éxito del apostolado. Si se quiere recoger por completo el fruto de esos sacrificios y de toda esa labor, preciso es pedir a las ciencias, luces que permitan distinguir el camino más recto y que su-

gieran los métodos más eficaces.” (Pío XI en el discurso de la Exposición Misional del Vaticano.)

2) “Todos los católicos para todos los no católicos”, proclamó Pío XI. Desdoblada esta frase y os encontraréis en su entraña con esta otra: “Los universitarios católicos para los universitarios paganos.”

3) “Nos atreveríamos a predecir que el éxito definitivo del apostolado no dependerá tanto del número de conversiones individuales o en masa logradas entre los paganos de condición inferior, cuanto de la conquista o pérdida de los futuros caudillos del mundo infiel.” (El doctor Schmidlin, profesor de la Universidad de Münster en 1937.)

4) “Tengo grandes esperanzas y éstas todas en Dios Nuestro Señor, que se han de hacer muchos cristianos en el Japón. Yo voy determinado de ir primeramente a donde está el rey, y después a las Universidades, donde tienen sus estudios, con grande esperanza en Jesucristo que me ha de ayudar... Como viere las escrituras del Japón y tratare con aquellas Universidades, escribiré muy largamente sobre ello y no dejaré de escribir a la Universidad de París, y por ella serán avisadas todas las otras Universidades de Europa...” (San Francisco Javier, que como todos saben, quería que se enviara al Japón personas diplomadas en la Universidad de París.)

5) “Sería de desear que se fundaran en la India el mayor número posible de colegios católicos, como los de Trichinópolis, Bombay, Calcuta y Mangalore. No hay obra que pueda dar mayor prestigio a nuestra religión y apoyar más eficazmente el trabajo de los misioneros.” (Mons. Tissot en 1887, Obispo de Vizagapatam, en el Concilio de Bangalore.)

¡Imposible!

Las Universidades y Colegios Mayores gastan mucho y la compañera inseparable de los misioneros católicos es la pobreza. Escasez de personal, de dinero, de tiempo, ¿qué es lo que pueden dar de sí?

La Universidad Imperial de Tokio, con sus más de trescientos profesores y casi otros tantos auxiliares, consume un presupuesto que pasa de los seis millones de yens. El Estado proporciona los fondos necesarios a los establecimientos oficiales, y exige a los no oficiales concedidos a la iniciativa privada, ciertas condiciones para poder conferir grados: entrega de una fuerte suma, profesores titulados, programas oficiales, etc., etc. Es verdad que en la India, el Gobierno inglés otorga subsidios a los colegios privados reconocidos, aún a los católicos; pero los gastos de locales, de material científico, mantenimiento de las bibliotecas, subvenciones a profesores seculares, etc., gravan excesivamente el presupuesto de las Misiones. Hoy es casi imposible equilibrar los pesados gastos de una Universidad sin una fuerte ayuda del Gobierno o sin importantes capitales fundacionales.

Son dieciocho las Universidades no cristianas de la India: La de Calcuta, con 30.000 alumnos; la de Bombay, con 17.000; la de Punjab, con 21.000; la de Aligash, con 1.500 musulmanes; la de Benarés, con 3.710 hindúes. Y éstas son estadísticas de 1933.

En el Japón, Tokio tiene 40.000 universitarios; de ellos, según estadísticas de 1938, tenían sus Universidades: la Imperial, 8.000 alumnos; la de Keyo, 2.850; la de Waseda, 4.450; la de Meiji, 4.050; la de Chuo, 3.240. Cinco facultades de Medicina reciben en sus aulas a más de 5.363 alumnos.

Los magnates de la finanza americana han subvencionado y dotado con largueza las Universidades y Colegios protestantes en China y Japón. "Una tercera parte o la mitad del dinero gastado por las Misiones protestantes, va a obras de educación, de una forma o de otra." ("Building With Indian", página 125). Así se comprenden estas cifras: China, 30 Universidades; India, 63 establecimientos de alta cultura con 13.000 alumnos.

Por otra parte los protestantes han calumniado a la Iglesia Católica, la han deprimido y desfigurado de tal manera, que a los ojos de los hindúes, por ejemplo, el Catolicismo viene a ser una especie de paganismo.

Simulan haber descubierto en la India el misticismo y el ascetismo, como si el Occidente, de creer a los protestantes, jamás hubiese producido cosa semejante.

¡Universitario! No te asustes. El alma de la Iglesia Católica es el Espíritu Santo. Sólo exige una condición: tu entrega. La palabra "Imposible" no tiene lugar en el apostolado católico.

Quien hace un cesto, hace ciento si tiene mimbres y tiempo

La Universidad de San José, en Beyrout (Siria): fundación 1875 Facultades: Teología, Medicina, Derecho, Ciencias y Letras; alumnos, 535. En 1935 se inaugura la Facultad de Letras Orientales. Al mismo tiempo forma al clero oriental. Ya en 1924 estaban ocupados en la enseñanza superior y secundaria más de 40 jesuitas con 36 auxiliares. Frutos: Hasta el año de 1937, habían salido de ella 136 ingenieros titulados que ocupan preeminentes puestos en la administración pública de los estados del Líbano, Siria, Palestina, Iram, Egipto, Sudán y Brasil. Son notables sus talleres tipográficos que en 1935 editaron los siguientes libros: 27 obras arábigas con 54.910 volúmenes; 34 francesas, con 44.220 volúmenes; 4 revistas árabes, una armenia y 7 francesas, con un total de 131.000 fascículos. Dirige también un colegio con 816 alumnos en 1930, reconocido por el Gobierno francés. La Facultad de Medicina y Farmacia, reco-

nocida por los Gobiernos turco y francés, cuenta con un gran hospital y ha formado hasta 1930 más de 800 médicos y 283 entre farmacéuticos y dentistas.

Y como muestra bastan ya estos datos, dejando la Biblioteca de gran valor con un total de 80.000 volúmenes, muchos de los cuales son manuscritos y dejando también la matrícula actual, que pasa de los 3.100 alumnos.

Otro ejemplo extraordinariamente elocuente es la Universidad "La Aurora", de Shanghai. El año 1933 presentaba la siguiente matrícula: Derecho, 51 alumnos; Ciencias, 56; Medicina, 100; Curso preparatorio, 271; total: 482 alumnos. En 1941 formaba a 1.520 alumnos repartidos de la siguiente forma: Derecho, 116; Ciencias, 107; Medicina, 168; Lenguas y Literatura china, 77; Letras (femenino), 175; Escuela Superior de Enfermeras agregada a la Facultad de Medicina, 110; Curso preparatorio (primer grado), 457; Curso preparatorio (segundo grado), 310. Los estrechos límites de este artículo no nos permiten detallar el cariño con que esta Universidad ha recibido a los 30 estudiantes pobres tmigrados rusos; ni la magnífica biblioteca capaz para 300.000 volúmenes y pudiendo ofrecer al estudiante 90.000 obras chinas y francesas; llegó a prestar, el año 1939, 16.500 volúmenes y unos 68.000 lectores frecuentaron sus salas. Los alumnos ilustres y de prestigio extraordinario que han salido de la Universidad católica "La Aurora", han sido muchísimos y ocupan puestos relevantes en el Gobierno, en las universidades, en el ejército, en la adjudicación, en la diplomacia, etc., etc., de la nación.

Bien podemos asegurar que quien hace un cesto hace un ciento si tiene mimbres y tiempo.

El universitario católico

Es indudable que los misioneros universitarios han de salir de las universidades católicas de Europa y de América. Los miembros que la Iglesia Católica necesita para crear universidades en las tierras de Misiones, significan el personal y los medios necesarios para desenvolver el plan de alta cultura que tiene la Iglesia concebido para convertir todo el mundo infiel.

Compañeros agobiados por los ministerios apostólicos mal pueden formar el ambiente necesario para que el misionero se entregue a una actividad de orden meramente científico. En 1848, Mons. Laouenan escribía: "A la falta de dinero tengo que añadir las repugnancias de los misioneros." Quien haya adaptado su vida a la formación de reducciones, a la visita de enfermos, al ejercicio menudo de la caridad... ¿estarán dispuestos a dedicar sus preocupaciones a la fundación de colegios de estudios superiores? Cuando el Padre Nóbili vió agruparse a su alrededor los primeros brahmanes cristianos, quiso levantar una gran escuela católica, frente a la Universidad hindú; pero la falta de dinero estorbó sus planes, que sólo vinieron a realizarse casi tres siglos después.

Mientras el universitario español se limite a imaginarse a los misioneros a caballo, en canoa, en bicicleta, en auto, en trineo, siempre en movimiento, visitando pueblos, instruyendo, bautizando... mal podremos conseguir la influencia que la hora presente nos exige en el bloque inmenso de la gentilidad para incorporar a todos los hombres en Cristo. Hora es ya de que pensemos en los que se sacrifican en las clases de Enseñanza superior y de que comprendamos la belleza de una vida que se entrega por completo para preparar la obra de Dios. La grandeza misionera del pueblo español no radicaba solamente en sus capitanes y en sus misioneros, sino también en sus magníficas Universidades. El universitario católico tiene la palabra.

J. O.

En esta coyuntura efervescente...

Momento crucial, este de la postguerra en la historia de la humanidad, lo es —no podía ser menos— en las corrientes de la espiritualidad que ha de dominar al mundo y, sobre todo, en el avance de la Iglesia Católica en los campos ingentes de la gentilidad.

Un ciclón arrollador, que se dijera nueva Pentecostés, huracanada por el mismo Espíritu Santo, hace que todo torbellino religioso hoy se agite en torno del Vaticano, y, azotándole o girando en la órbita de su omnipotente atracción, es el Catolicismo, que el Vaticano simboliza y encarna, el eje y signo del anhelante movimiento espiritual que hoy sacude a las gentes.

Se hiergue incólume y abrigado el prestigio de la Cátedra de Pedro: millares de hombres vuelven al único redil de Pastor único, peregrinos de la infidelidad, de la apostasía, del judaísmo, del cisma del protestantismo; y son figuras señeras en las artes, en las letras, en el ejército, en la filosofía, en los deportes, en el cine, las que además de su personalidad, traen a la Iglesia Católica el signo de las afluencias cósmicas hacia Cristo.

Ante esta realidad palidecen los rojos terrores de la nueva táctica paneslavista que la U. R. S. S. está poniendo en marcha para hacer de la ortodoxia cismática un instrumento de imperialismo y descatalogación; de la cual pudiéramos poner como índices expresivos la persecución de los orientales católicos rutenos o los popes rusos cómplices del espionaje atómico en el Canadá.

Sobre todo esto, vuelvo a decirlo, se alza la esplendorosa realidad de la solidez, prestigio y divina juventud de la Iglesia Católica y su ímpetu de avance glorioso.

Esta es, pues, la coyuntura efervescente en que nos llega el *DOMUND* de 1946. Prestigio y avance del Catolicismo.

Mas para recoger los frutos, que esta coyuntura ofrece es menester una tensión anhelante y un esfuerzo supremo en los católicos españoles, a quienes Dios ha dejado indemnes en el atroz conflicto mundial con ideales y reservas de fe y espíritu copiosísimos.

Porque, hoy más que nunca, hacen falta obreros para la mies del Señor, en cosecha gozosamente ubérrima, y medios naturales para dotarlos de los instrumentos que reclama la rica recolección.

Pongamos como ejemplo de la coyuntura a dos naciones, las más clásicamente misionales: China y Japón.

En China se acercan millones y millones, de los 480 que la pueblan, a los misioneros. En la guerra han visto su heroísmo y su caridad. Un día es la famosa zona Jacquinet; otro el agustino que se desuelga por la muralla para salvar la ciudad del saqueo; otro los misioneros que recogen en sus residencias, escuelas y seminarios a las víctimas del bombardeo... ¿A qué multiplicar el anecdotario inexaurible? Han conocido a la Iglesia y quieren entrar en ella.

Además se han visto glorificados con el primer Cardenal

amarillo; se acaba de instaurar la Jerarquía Eclesiástica, dando a la cristiandad china un testimonio de madurez y vitalidad; el propio generalísimo Chang-kai-shek adora a Jesucristo y recomienda a la Iglesia Católica, el último descendiente de Confucio, Dr. Hung, que proclama que las doctrinas clásicas de la moral china, que su ancestral progenitor enseñó, purificadas y elevadas por el Catolicismo, son la única esperanza de un gran porvenir para su nación.

Pero he aquí, que mientras estas halagüeñas perspectivas nos ilusionan, nos acongoja, no sólo la falta de misioneros, sino el estrago que la guerra causó en las organizaciones misioneras: muertos, físicamente depauperados, deportados, disminuídos; edificios en ruinas, seminarios dispersos, hospitales incautados, escuelas vacías y la Misión económicamente arruinada, inflación aterradora; media "tan" de arroz que valía 10 sapekas y hoy cuesta 400.000; una carta que se franqueaba con 0,25 piastras, y hoy con 8.000. Un franciscano que tiene que ser vendedor ambulante de leche para subsistir, otro que tiene que alquilarse de cocinero...

Ante estas ruinas, penuria, dificultades, el horizonte de las rosadas perspectivas se nos nubla y oscurece.

Y ¿qué decir del Japón? No es lo más doloroso que la bomba atómica haya muerto a 10.000 de los 65.000 católicos herederos de Javier en Nagasaki, ni que Universidades, Colegios, Iglesias, estén en ruinas y no pocos misioneros en destierro, sino la angustia de ver que se anuncia tras el invierno desolador de la guerra una primavera lujurante de flores y de frutos y no se va a poder aprovechar. Desde 1921, en que el Gobierno reconoció oficialmente la Iglesia Católica, se multiplicó el Clero Indígena, a quien se confiaba las jurisdicciones eclesiásticas y llegaban nuevas congregaciones misioneras de Europa y América, se hacia inminente una afluencia en masa de grandes sectores a la Iglesia.

La catástrofe japonesa, no sólo ha dejado indemne el prestigio de los misioneros, antes lo ha acrecentado. Se han desvanecido viejas supersticiones, se ha llegado a hablar de la conversión del mismo Emperador, sobre las ruinas se reúnen fieles, las colegialas se congregan con sus Madres en el solar del antiguo Colegio, hasta los soldados norteamericanos se han dado prisa a reconstruir la triple piedra que señala el sitio donde San Javier puso sus pies por ver primero el Japón. ¡Es síntoma sugestivo!

¿Qué haremos en esta alucinante conjetura los católicos españoles? Mons. Constantini lanza la consigna de *reconstruir*. Nosotros debemos recogerla con esplendidez; alerta al momento crucial, tensos para la campaña, fervorosos en la oración, abnegados en lo que Dios nos pida, para que esta hora de salvación y gloria no se malogre por nuestra infiel apatía, ni nuestra inercia mortal.

¡A reconstruir! ¡A cosechar! A avanzar con Cristo y su Iglesia que tienen las banderas desplegadas.

José Artero,

Catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca

LA «PAX BRITANNICA»

CONTENIDO DE LA POSTGUERRA

Ha transcurrido el primer aniversario del acabamiento de la última guerra, en un ambiente extraño, artificial, del que parece estar totalmente ausente la más elemental noción de paz. Ni vencidos ni vencedores pueden vislumbrar siquiera el contenido de la futura organización mundial, y ello es más grave aún si se considera que la pasada conflagración fué presentada como el remedio heroico para que la Humanidad iniciara una época de prosperidad y de esplendor.

Los pueblos derrotados se hallan, en términos generales, desposeídos de sus elementales derechos, obligados a soportar las cargas que libremente han querido imponerles sus vencedores, sin que ningún tratado justo y equitativo haya puesto un límite razonable a la omnimoda voluntad de la fuerza triunfante.

No es tampoco muy halagüeña la situación en los países que han obtenido la victoria. Convalecientes todavía de la tremenda lucha, sus relativas posibilidades se ven frustradas por la carencia de una visión profunda de los hechos y de un sabio discernimiento en la elección de los medios apropiados para dar a la sociedad una estructura viva y estable. Además, minadas por las discordias las relaciones internacionales, los pueblos se han lanzado a una carrera desenfrenada de perfeccionamientos bélicos, en medio de la cual es muy difícil que pueda surgir esplendorosa, la aurora de la paz.

Problemas decisivos ponen a prueba la lealtad y sinceridad de los dirigentes de las grandes potencias. En múltiples ocasiones, la transición se consigue en aras de un *statu quo*, considerado como mal menor en las presentes circunstancias, lo que no deja de ser sorprendente si recordamos que de mal menor fué calificada ya la última guerra ante los ojos atónitos del mundo entero.

Los discursos, las conferencias, las promesas tentadoras y las venganzas escalofriantes, representan el verdadero contenido de una postguerra alucinadora. La Humanidad que parece no haber comprendido la íntima naturaleza de la paz, se entrega de nuevo al forcejeo lamentable de una lucha sorda de intereses, lucha que no puede conducir sino a la catástrofe y a la ruína. Ciertamente es que el deslumbrante vocable "paz" es repetido constantemente y aun rotula, mirando al exterior, alguna reunión internacional; pero ¿es ello suficiente?

EL NUEVO ORDEN

Mucho se especula sobre la auténtica significación de la paz, pero no es aventurado afirmar que en general se tiene de la misma un concepto puramente negativo. La inmensa mayoría de comentaristas confunden la paz con el cese de las hostilidades, con la no existencia de una guerra, y eso que realmente puede ser una especie de "paz", es evidente que no puede ser equiparado con la paz verdadera.

Repetidamente oímos hablar de la "ordenación de la paz", cómo si ésta tuviera una presencia tangible en la realidad de nuestros días. Sin embargo, ¿puede confundirse el *statu quo* en que nos debatimos, con la paz? ¿Es que la paz no ha de responder a un espíritu de concordia y de perdón?

Al parecer, el mantenimiento estático de la situación presente es, en las circunstancias actuales, el único medio

de evitar una nueva guerra. Si es así podríamos aplicar al concierto mundial de los pueblos, la definición que dió Monod del europeo: "Concierto en el cual los instrumentos sólo están acordes cuando se hallan en silencio" (1).

Que el silencio, el equilibrio, el término medio, sean la sublime aspiración de muchos, nos lo hace presumir la facilidad con que sucesos de una mínima trascendencia son elevados al rango de decisivos. Lo hemos visto, son ejemplos recientes, con el relativo éxito del Movimiento Republicano Popular en Francia, y con el triunfo de la monarquía en Grecia.

¿Vamos a asistir a la apertura de un nuevo ciclo de la *pax britannica*; de aquella "paz" que "impidió guerras mundiales por noventa y nueve años después de Waterloo" (2); de aquella "paz" que puso los más firmes cimientos del Imperio Británico, pero que no evitó terribles convulsiones, luchas sangrientas y matanzas indecibles?

Algo se intenta en este sentido. Nos lo insinúa un relevante personaje de la diplomacia inglesa, citado ya en otros números, cuando al referirse a las relaciones de Gran Bretaña y Estados Unidos con la U. R. S. S., escribe que, ésta "(aparte de las diferencias que puedan surgir por las cuestiones de China y Alemania), puede tener la seguridad de que sus intereses principales marchan de acuerdo con los de aquéllos" (3).

La existencia de una tal comunidad de intereses entre las tres grandes potencias, corresponde a la definición que del Nuevo Orden hizo el embajador yanqui, Braden: "Producto de la adición o combinación de lo que, para bien o para mal, aporte cada país y cada ser humano, así como el producto de la mayor o menor transformación de ciertos poderosos factores que, como los de orden demográfico, por ejemplo, escapan en cierto modo a la acción de los hombres" (4). Lo que en menos palabras puede traducirse así: "Lo que importa es salvar el principio democrático y este principio se basa precisamente en la conciliación de los contrarios, en la convivencia de las ideas opuestas, en la contemporización, en el *sincretismo*" (5).

He ahí, al parecer, la substancia vital de la nueva "paz".

EL SIGLO DE LA «PAX BRITANNICA»

En el período que se inicia con la definitiva derrota de Napoleón I, y que termina, aproximadamente, un siglo después, sobresale, dándole colorido especial, la política de equilibrio establecida por la Gran Bretaña, mediante la cual supo este país construir y encauzar un gran Imperio. Ese período ha sido equívocamente señalado como el de la "pax britannica".

La trayectoria de aquella ficción de paz viene jalonada por una serie de acontecimientos que son precisamente la negación de todo espíritu de pacificación. En el transcurso de su existencia el mundo no conoció un solo momento de tranquilidad. Cuando no era la Revolución la encargada de

(1) Gabriel Monod, Preámbulo a la obra de Édouard Driault, *La Question d'Orient*.

(2) Edward Grigg, *La política exterior británica*. Cap IX (Trad. de Javier Ribera).

(3) Edward Grigg, Obra cit.

(4) Del Discurso pronunciado por Braden en la Iglesia Central Metodista, en 1944, sobre «Los Estados Unidos y el Nuevo Orden».

(5) *Diario de la Marina de La Habana*, 15 de marzo de 1944.

sembrar de víctimas las ciudades y los campos de Europa, eran las apetencias insaciables de los poderosos o las persecuciones cruentas, las que llenaban de luto y de zozobra los hogares de los humildes.

"Tiempo lleno de calamidades tanto para la república cristiana como para la república civil", afirmaba en su primera alocución Su Santidad Pío IX (6). Lo mismo cabría decir de todo aquel desgraciado período.

El siglo de la *pax britannica* tiene que presenciar, entre otros desafueros, la triste salida de Roma del Vicario de Jesucristo, con la implantación de la sacrilega República Romana, y la usurpación, veintidós años después, por los Carignanós, de los Estados de la Iglesia.

La Revolución movióse a sus anchas durante aquellos largos años, escribiendo páginas vergonzosas en la Historia de la Humanidad. En 1830 y en 1848, los elementos sectarios logran producir trastornos vitales en la marcha de los pueblos; en la preparación de aquéllos se adivina, a veces, algún interés a servir la política de "equilibrio", política que en ocasiones se impone sin paliativos de clase alguna. Dígalo si no Lord Palmerston, artífice y sostenedor de varios movimientos revolucionarios, como los ocurridos en Italia, Hungría y en otras partes, aprovechando descontentos, equívocos sentimientos patrióticos y promesas deslumbrantes bajo el signo de una sedicente libertad.

Dichos movimientos tenían como nexo de unión, el ataque contra la Iglesia de Dios, apoyándose principalmente en el carbonarismo y en la masonería. Las gigantescas maquinaciones de los súbditos del reino de Satanás en los años postreros de la primera mitad del siglo XIX, hace exclamar al Pontífice Pío IX: "Si siempre ha sido considerado el peso del Ministerio Apostólico como una carga, ciertamente es de espantar en estos difícilísimos tiempos para la sociedad cristiana" (7).

LA PAZ ARMADA Y LA GUERRA

La cuestión del Próximo Oriente, verdadera encrucijada de los intereses de las grandes Potencias, origina numerosos conflictos y amenazas. En 1854 estalla la guerra de Crimea, terminada con la ocupación de Sebastopol por el ejército franco-británico, cuya victoria significó una positiva ayuda a la posición de Turquía. Más tarde, la sublevación de la India señalará un momento difícil para Inglaterra, pero esta nación aprovechará magníficamente la oportunidad, coronando efectivamente uno de los más formidables imperios de todos los siglos.

Las guerras austro-prusiana, franco-alemana y ruso-turca, para citar algunas, nos muestran con claridad meridiana la importancia de los elementos de discordia y el estado de ánimo de los pueblos, en aquel siglo. La paz armada parece ser la única esperanza de las naciones, pero esa "paz", cuya defensa dicen todos sostener, es la mejor preparación para las luchas que incesantemente van renovándose.

Frente a tan equívoca situación, resonaban terminantes las palabras del Pontífice León XIII: "Para asegurar la tranquilidad pública, es poco desearla solamente, y no es suficiente la sola voluntad de protegerla... Los armamentos guardados con propósitos agresivos son más propensos a aumentar que a suprimir las rivalidades y las desconfianzas; inquietan a los espíritus por las perspectivas de un desconcertante porvenir, y ofrecen el inconveniente de hacer pesar sobre los pueblos tales cargas, que es lícito pensar si son más tolerables que la misma guerra". Insistía el Papa sobre la verdadera naturaleza de la paz: "Hay que esforzarse, por consiguiente, en dar a la paz bases más sólidas en con-

cordancia con su naturaleza: la naturaleza, en efecto, no se opone a que se defienda el derecho por la fuerza y por las armas; pero se opone terminantemente a que la fuerza sea la causa eficiente del derecho. Consistiendo la paz en la tranquilidad dentro del orden, se sigue que, tanto para los Estados como para los particulares, la concordia ha de descansar sobre la justicia y sobre la caridad" (8).

En 1894, examinaba de nuevo León XIII la situación del viejo continente, y decía:

"Desde hace muchos años vivimos en una paz más aparente que real. Obsesionados por mutuas suspicacias, casi todos los pueblos se afanan en preparativos de guerra. La adolescencia, esta edad tan delicada, es lanzada en los peligros de la vida militar, lejos de los consejos y de la dirección paterna. La juventud es arrebatada del trabajo de los campos, de los estudios, del comercio, de las artes, y consagrada por largos años al servicio de las armas... Imposible salir de esta crisis y entrar en una paz verdadera, si no es por la intervención bienhechora de Nuestro Señor Jesucristo" (9).

Pocas semanas después, estallaban en Turquía las horrosas matanzas de armenios, frente a las cuales las grandes Potencias se limitaron a poner en movimiento su diplomacia para mantener el *statu quo* en Oriente, necesario para su propia tranquilidad (10). Las grandes escuadras puestas en juego en ocasiones tal vez menos memorables, no hicieron su aparición para impedir la horrosa carnicería.

COMO TERMINÓ LA «PAX BRITANNICA»

El interés egoísta que guiaba la política de las Potencias y que tan graves daños ocasionaba en toda Europa, poníalo de manifiesto el Cardenal Rampolla, en 1898: "Se han querido establecer las relaciones entre las naciones por un nuevo derecho, fundado en el interés utilitario, en el predominio de la fuerza; en el éxito de los hechos consumados; en otras teorías que son la negación de los principios eternos e inmutables de justicia: he ahí el error capital que ha conducido a Europa a un estado desastroso" (11). ¡Y estábamos en plena "pax britannica"!

La guerra anglo-boer (1899-1900) señala un momento culminante en la estructuración definitiva del Imperio Británico. A aquella guerra que tan enconadas protestas suscitó en el mundo entero, se refería probablemente el Papa León XIII, cuando al tratar de la teoría de los hechos consumados y del triunfo de la fuerza sobre el derecho, decía:

"Poco a poco ha prevalecido en el orden internacional un sistema de envidioso egoísmo, por el cual las naciones se miran mutuamente, sino siempre con odio, al menos con la desconfianza que anima a los rivales... En el deseo que las impulsa a aumentar indefinidamente la riqueza nacional, las naciones no miran más que la oportunidad de las circunstancias, la utilidad del éxito y la tentadora suerte de los hechos consumados, seguros de que nadie les inquietará en nombre del derecho y del respeto debidos. Principios funestos que han consagrado la fuerza material como la ley suprema del mundo..." (12).

Las luchas en los Balcanes fueron el preludio de la hecatombe que no iba a tardar en sobrevenir. Los espíritus se hallaban intoxicados en alto grado; las rivalidades de todo orden alcanzaban límites insospechados. Inglaterra presenciaba cómo iba destruyéndose una política cuya conservación tantos ríos de sangre había costado. Al mismo tiempo,

(8) León XIII. Alocución *Nostis errorem*, de 11 de febrero de 1889.

(9) León XIII. Alocución *Praeclara gratulationis*, de 20 de junio de 1894.

(10) Gabriel Monod. Cit.

(11) De la Nota al Conde Mouraviev, Ministro de Asuntos Exteriores del Zar Nicolás II, de 15 de septiembre de 1898.

(12) León XIII. Enc. *Pervenuti*, del 19 de marzo de 1902.

(6) Pío IX. Alocución *Amplissimum consessum*, de 27 de julio de 1846.

(7) Pío IX. Encíclica *Qui pluribus*, 9 de noviembre de 1846.

A GUISA DE TERTULIA

las diferencias sociales avivadas por doctrinas materialistas y sectarias, daban a la situación gravísima del mundo un aspecto más trágico, más desolador.

“Hoy más que nunca —decía en el mes de mayo de 1914, S. S. Pío X— se tiene necesidad de paz: vemos por doquier a las clases sociales lanzarse unas contra otras, las naciones contra las naciones, los pueblos contra los pueblos; con-

flictos de intereses cada día más fuertes originan con frecuencia luchas terribles” (13).

Tres meses después de las reveladoras palabras de Pío X, estallaba la guerra mundial.

José-Orjoi Cuffi Canadell

(13) Pío X. Alloc. *Ex quo postremum*, del 25 de mayo de 1914.

SUGERENCIA

Hace poco, en el vespertino diario barcelonés “El Noticiero Universal”, se publicó una entrevista especial celebrada por el destacado periodista español, y colaborador de nuestra revista, D. Antonio Pérez de Olaguer, quien aprovechando su estancia en Filipinas, coincidente con las ceremonias y solemnidades habidas con ocasión de la declaración de Independencia de aquellas Islas, tan queridas y ligadas a España por vínculos de la Historia, con el actual Presidente de la República, General D. Manuel A. Roxas. A través de ella se hicieron interesantes declaraciones de las cuales una particularmente retuvo nuestra atención y a la



General Roxas

que nos vamos a referir. Formuló, el citado periodista, las siguientes preguntas:

—“¿Influirá la independencia del país en acrecentar el cultivo del idioma castellano?, ¿cree V. E. que desaparecerá el castellano en Filipinas?, ¿qué estima más conveniente para la conservación del castellano?, ¿se le considera como idioma oficial dentro del nuevo programa?, ¿será obligatorio en las escuelas?”

A todas estas preguntas respondió el General Roxas:

—“Un gobernante debe ser realista y por eso me pesa tener que darle una contestación negativa —contesta, grave y un poco dolido—. El castellano seguirá hablándose y escribiéndose aquí, por algún tiempo, pero su progreso habrá de depender de la iniciativa privada; el gobierno no puede desandar lo andado en su política y programa de educación, y tal sería el resultado si a estas alturas tratara de patrocinar el estudio de esa lengua”.

¡Tristes y dolorosas palabras que muestran bien a lo vivo la decadencia de nuestro idioma en Filipinas!

Al que lea tales manifestaciones no le será posible dudar un solo instante de su exactitud. La circunstancias que motivaron e hicieron posible aquella decadencia son tan evidentes, tal cual las expresó el primer magistrado de aquel país, que no cabe mayor justificación.

Basta únicamente recordar el curso de la historia contemporánea de Filipinas para comprender que una labor eficaz de gobierno efectuada durante casi medio siglo en las Islas por los Estados Unidos, que paulatinamente dejaron desenvolver y desarrollar las energías naturales en auge del pueblo filipino y que finalizaron sin graves convulsiones internas en una anhelada libertad, ha de haber influido notablemente sobre su espíritu y su formación moral y material. Con razón afirma el Presidente que la política emprendida con decisión y continuidad por el Gobierno Americano de inteligencia y acercamiento con el sector nacionalista filipino acabó con sus últimos recelos de una posible absorción cultural. Y ello entrañó el abandono de una defensa a ultranza del español como elemento histórico eficaz de oposición espiritual.

Finalizada para siempre toda lucha es incuestionable que ya se ha iniciado con la independencia política una etapa en la que salvo esfuerzos beneméritos de orden privado irá aumentando gradualmente la rapidez del proceso decadente apuntado. De una parte el prestigio americano, con su dinamismo y potencialidad en todos los órdenes, irá acrecentándose, de otra el gobierno filipino acentuará naturalmente el desarrollo y evolución de los elementos idiomáticos indígenas. Todo ello producirá rápidamente no sólo un retroceso de la influencia de lo español, alejado en el tiempo y en el espacio, no sólo perceptible prontamente en el lenguaje sino en cualquier orden de la influencia espiritual.

Para evitar la inexorable realidad de tal proceso sólo cabría coordinar ordenadamente aquellos beneméritos esfuerzos privados a que hemos hecho alusión y a los que también se refirió el Presidente de Filipinas en la entrevista antes citada, y a la vez podríase intentar ejercer una acción encaminada tanto a la divulgación de cuanto produce continuamente el espíritu español moderno como a la difusión del ingente tesoro que integra el acervo de la cultura hispánica.

Y únicamente nos parece posible tal empresa si fuera encauzada por el Estado Español mediante la creación en Manila de un Instituto Español que dotado de cuantos medios se estimaran necesarios apareciese regido por mentalidades preparadas para difundir lo español en un sentido cristiano de universalidad que evitase incomprendiones por parte de quienes puedan estar alejados de nuestra realidad.

J. M.^a C. de Sobregrau y Egozcue.

CON CENSURA ECLESIASTICA

“LA OBRA MAXIMA”

REVISTA DE MISIONES CARMELITANAS

Dirección para todo:

Pedro Egaña, 7 - Apartado 20

SAN SEBASTIAN

“El Siglo de las Misiones”

Revista mensual ilustrada

benedicida por SS. SS. Benedicto XV, Pío IX y Pío XII



Apartado 211

BILBAO

Cuevas de Artá

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas
Cuevas de Artá

"CATOLICISMO"

ORGANO OFICIAL DE LAS OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

Suscripción ordinaria: . . . 19'— Ptas. anuales
> de bienhechor: de 25'— > en adelante

AMÉRICA:

Suscripción ordinaria: . . . 25'— Ptas. anuales
> de bienhechor: de 50'— > en adelante

EXTRANJERO: 50'— > anuales

Fuencarral, 5, 1.º

MADRID